

SARA TOLEDANO



ALFA

PELIGROSO

BDSM Y ROMANCE CON EL LICÁNTROPO
ALFA Y MILLONARIO



ALFA PELIGROSO

BDSM y Romance con el Licántropo Alfa y Millonario



Por Sara Toledano

© Sara Toledano 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Sara Toledano.

Primera Edición.

Dedicado a Mar y a Sara

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

I

Era el vigésimo día del séptimo mes del año. La luna llena, encendió el cielo con un brillo intenso y rojizo. Los habitantes de la villa se encerraron en sus casas. Las puertas y cualquier abertura, quedó bloqueada para que ningún intruso se le ocurriera aparecerse.

La neblina descendió de las montañas y se coló entre las callejuelas. Era tan espesa, que los animales se arrinconaron entre sí para protegerse. Los perros ladraban y ningún insecto se atrevió a emitir sonido. El ambiente era denso. La oscuridad casi absoluta.

Aunque todos tomaron medidas para protegerse del peligro sobrenatural, un joven hizo caso omiso a las advertencias. Salió de su hogar cálido para caminar por ahí, por mera rebeldía. Quería demostrarle a la gente que los cuentos de vampiros y hombres lobo eran eso, cuentos.

Se extrañó por el frío a pesar que era uno verano caluroso. Se extrañó del silencio cerrado y del latido de su corazón. El lado animal de su cuerpo le manifestó a través de la piel erizada, que algo malo estaba a punto de suceder. Sin embargo, sus pies continuaron una ruta dispersa y vaga, la terquedad de la mente humana insistió en desafiar lo que la gente sabía.

Luego de un rato, el joven quedó satisfecho. Se sintió feliz de que había probado un punto importante. La gente del pueblo era simplemente una masa de ignorantes que se doblegaban ante las habladurías.

Justo en el momento en que recogía un par de fresas a orillas del camino, el fulgor de un par de ojos rojos le llamó la atención. Bajó la mirada como para convencerse a sí mismo que se trataba de un animal del bosque.

-Seguro está perdido –Se dijo sintiendo el hilillo del miedo que le atravesó la espina.

Se levantó y los ojos quedaron al descubierto poco a poco. El cuerpo emergió entre los arbustos y árboles, de entre la oscuridad espesa. Era un lobo enorme. Más grande de lo que había visto jamás. Se echó para atrás e inconscientemente, dejó caer las dulces fresas que esperaba probar.

El joven, como el buen cazador que era, retrocedió y cada tanto echaba una mirada para encontrar un espacio lo suficientemente amplio para enfrentarse a

la bestia. Mientras, el animal, avanzaba en su dirección mostrando los colmillos blancos y relucientes, la baba caía al suelo, los gruñidos eran lentos y amenazantes.

Sacó una pequeña navaja que tenía guardada en la pierna. Se sintió confiado pero su instinto le dijo lo que temía: aquello no sería suficiente.

Al desenfundar el arma, casi no pudo creer lo que vio. El lobo le hizo un gesto casi de burla. Trató de frotarse los ojos para asegurarse que había visto bien pero obviamente pasó lo que él sabía que sucedería.

El lobo se le vino encima con una fuerza y velocidad que lo tumbó al suelo como si fuera una muñeca de trapo. El aliento lo sintió en el cuello, las garras de sus patas en el pecho y el torso. El peso le hizo sentir que perdería la respiración en cualquier momento.

Retozaron por unos minutos. El joven notó que su ropa rasgada también tenía un poco de sangre. Le había dado al animal.

Cobró seguridad en la técnica y fue hacia él con decisión. Sin embargo, el adversario lo recibió con una mordida directo al cuello. Apretó tan fuerte que perdió el conocimiento por unos segundos.

Al abrir los ojos, todavía lo tenía sobre su cuerpo. El dolor agudo le recordaba que moriría si no se defendía prontamente. El olor metálico de su sangre era señal de que la muerte lo observaba entre los árboles. Esperando por él.

-NO.

Gritó y volvieron a rodar por la tierra y la maleza. Lucharon por un largo tiempo. Estaban exhaustos. El joven no se explicó la fuerza del animal pero ahí estaba. Dispuesto a pelear a morir como él.

El instinto de supervivencia del cazador, le hizo mirar una herida profunda del lobo. De ella brotaba grandes cantidades de sangre. El animal respiraba con dificultad.

Entornó los ojos y dio un gran salto hacia él. El brillo del filo de la navaja fue a parar al cuello de la bestia, haciéndole chillar.

Cayó al suelo cansado y sin fuerzas. El cuerpo del lobo quedó frente a él. Antes de morir, sus miradas se encontraron. El joven sintió algo particularmente

extraño. Aunque quiso buscar más explicaciones a lo sucedido. Se desmayó.

El trinar de los pájaros, le advirtieron la llegada de la mañana. Él abrió los ojos para darse cuenta que el lobo ya no estaba. Se levantó con cuidado y examinó su cuerpo. Estaba herido, muy malherido.

Miró hacia el frente y notó que la villa estaba más lejos de lo que esperaba. La lucha fue tan intensa que perdió el sentido del espacio y el tiempo.

Recordó que estaba cerca de una quebrada, por lo que fue allí para lavarse las heridas antes de regresar. Al encontrarse con su reflejo en la superficie cristalina del agua, algo lo perturbó. Sí, era él pero al mismo tiempo no. Volvió el frío en la espina, el presentimiento de que algo no iba bien. Espantó los pensamientos y se lavó. Estaba ansioso por ir a casa y retomar la vida de siempre.

Al caminar hacia la entrada de la villa, un grupo de hombres y mujeres lo esperaban con rostros severos y amenazantes.

-¿Qué ha pasado?

-Sabemos que peleaste con el lobo. Ya no eres bienvenido aquí.

-Te lo advertimos y no nos escuchaste.

-MIREN, TIENE LA MORDIDA DEL HOMBRE LOBO. DEBEMOS MATARLO.

Se echó para atrás. Su propia gente iba hacia él como si fuera una presa.

-¿PERO QUÉ OS PASA?

Un hombre de vientre prominente y barba espesa, hizo un gesto para callar a quienes estaban tras él. Luego, se dirigió al muchacho con seriedad.

-Cedric, es mejor que te vayas y no regreses. Ahora eres una amenaza para todos nosotros.

-Pero si he matado a ese animal. La amenaza no soy yo.

-Vete, Cedric.

No pudo. Sus pies estaban pegados al suelo. La incredulidad no lo dejaba moverse.

De repente, divisó una piedra que recorrió los aires hacia él. Le dio en el

pecho. Después de esa, hubo muchas más. Hubo palos, bosta de caballo y blasfemias de todo tipo. Cedric comenzó a correr en dirección contraria tan rápido como pudo. Mientras lo hacía, comprendió que ciertamente algo en él cambió... Para siempre.

II

El sonido de las olas lo despertó. Cedric abrió los ojos y miró al techo como de costumbre. Giró hacia un lado. El despertador marcaba las 7:00 a.m. Se incorporó y se estiró. Tenía hambre pero primero revisó el móvil. Unos cuantos correos de los clientes solicitando una reunión de junta de emergencia, una promoción de una tienda de caballeros y un mensaje de su mayordomo. En algún punto debía regresar a la ciudad.

Evadió el mensaje y se concentró en el resto. De seguro una videollamada sería suficiente para ponerse al día y hacer lo que se tenía que hacer.

Finalmente se levantó y fue hacia el baño. La barba estaba demasiado larga y la piel seguía viéndose opaca. Las bolsas de los ojos y la mirada cansada, también seguían allí a pesar que se obligaba a dormir todas las noches.

Se encontraba aprehensivo porque faltaban algunos días para la luna llena. Uno de los castigos de la inmortalidad, era ese, el tener que lidiar con esos momentos en donde salía a relucir lo peor de sí mismo.

Fue a la ducha y abrió la llave de agua caliente. El vapor ayudaría a dilatar los poros y así facilitar el rasurado. Llenó parte de su rostro con una crema espesa para afeitar, revisó el filo de la navaja y luego de hallarse satisfecho, deslizó la hoja sobre la piel. Con movimientos suaves y cargados de paciencia, los vellos rojos intensos cayeron sobre el lavabo color marfil.

Se aplicó un poco más de agua, se limpió y se encontró conforme con el reflejo. Ahora sí, sus ojos verdes se veían con más intensidad sin esas capas de vello en la cara.

Fue hacia la ducha y se quitó la ropa por completo. Echó un último vistazo en el espejo, percatándose de las batallas que quedaron reflejadas en la piel. Cuchillos, espadas, balazos, golpes. Todo tipo de heridas imaginables las tenía él. Por suerte, con el paso del tiempo, se volvió más fuerte y más resistente al dolor. Incluso sanaba mucho más rápido.

Entró y disfrutó de una larga ducha. Como el silencio era abrumador, salió rápido para encender la radio. A pesar que agradecía el espacio y la soledad, aún era difícil tener que lidiar con las largas horas en donde sólo podía escucharse a sí mismo. A veces pensaba que enloquecería.

Secó su cuerpo ejercitado y macizo y fue hacia el clóset para buscar un poco de ropa. Como vivía en una isla, optó por unos jeans, unas zapatillas deportivas y una camiseta blanca. El día estaba espléndido y tenía ganas de caminar un poco.

Bajó a la cocina y abrió el refrigerador. Mientras decidía qué desayunar, la playa que se encontraba a pocos metros, lucía más hermosa que nunca. Sonrió y volvió hacia los víveres. Era un buen día para disfrutar de unos panqueques.

Encendió la radio y colocó la única estación que captaba el aparato, por suerte, sólo transmitía canciones de rock clásico. En ese momento, sonaba Time de Pink Floyd.

Mientras batía los huevos con la leche, pensó que la letra de la canción le hablaba directamente. El tiempo, eso que tenía de sobra desde hacía años. No sabía cuántos. Perdió la cuenta.

Parece que fue ayer cuando corría por su vida luego que sus vecinos de la villa quisieran matarlo. Pasó días y noches muriéndose de frío, hambre y rabia. Por más que lo pensara, no se le pasaba por la mente la verdadera razón por la que se había convertido en un paria. Así fue hasta que hubo luna llena.

Sentado en una colina, esperando a que unos cazadores olvidaran al venado que habían matado, un repentino dolor en el pecho lo sacudió. Colocó sus manos en el corazón y trató de buscar ayuda. Sin embargo, ese mismo dolor lo sintió en la espalda, piernas, cuello y en sus extremidades. Incluso los dedos de los pies parecían fracturarse, descomponerse, volverse otra cosa.

Su piel se oscureció. El color rojo de su cabello y el verde brillante de sus ojos se transformaron por completo. Una capa de vello negro y espeso rodeó su cuerpo. Sus manos y pies ya no lo eran, más bien lucían como un híbrido de patas de lobo. Sus dientes rectos, se volvieron filosos y muy blancos. Los colmillos sobresalían de su boca y cualquier rastro de humanidad se esfumó para dar paso al puro instinto animal.

Cedric aulló a la luna y corrió por los bosques en busca de una presa. Estaba hambriento. A su paso, destruyó todo lo que se le atravesó. No tuvo compasión alguna. No había cabida en él.

La noche pasó rápidamente y Cedric despertó cerca de una quebrada sucio, con raspones y sangre en la boca. Al levantarse, encontró una pata de venado a medio comer.

Horrorizado, fue a lavarse y a tratar de recordar lo que había sucedido. Poco a poco entendió el miedo de la gente de la villa. Ciertamente él era un hombre lobo.

Se sentó en el césped completamente compungido. No sabía qué hacer. Era un tipo joven, con aspiraciones de tener esposa, familia y una casa. Deseos de un hombre sencillo. Lo que había sido un plan de vida, ahora pasó a una fantasía imposible de cumplir.

Luego de un tiempo, Cedric trató de entender mejor su naturaleza. Supo que se transformaba sólo en las noches de luna llena, que la plata lo mantenía al margen, que debía encerrarse como pudiera y que morder a otro, le haría también hombre lobo. Asimismo, comprendió otras cosas. Se volvió más fuerte, viril, ágil, inteligente y rápido. Las heridas no tardaban en sanar y, tanto el olfato como la vista, se agudizaron increíblemente.

Una bendición, o maldición, de su nueva condición era el de ser inmortal. El tiempo transcurriría para los demás pero no para él. Esto, por supuesto, trajo consigo episodios amargos de pérdidas de todo tipo. Amigos, amantes. Cedric tuvo que hacerse una coraza para soportar el costo de sus poderes.

Fue por ello que se concentró en hacer dinero. Si viviría por tiempo indefinido, al menos lo haría bien. Así que construyó un imperio que le hizo ganar millones y millones de dólares. La revista Times lo catalogó como uno de los hombres más influyentes en el mundo de los negocios. Sus empresas fueron comparadas con grandes como Google y Apple. Se rodeó de éxito.

En el pico más alto como millonario y hombre de negocios, Cedric era el objeto de deseo de la prensa del corazón y de las mujeres atractivas. Cada tanto se le veía con alguna actriz o modelo. Incluso estuvo a punto de casarse con una princesa de un país remoto de Europa. Sólo era una treta de él para hacer caer a la gente.

Salía en las portadas de las revistas y periódicos de economía y farándula. Le decían “el hombre más deseado por las mujeres” y así era.

Vivió feliz y conforme hasta que las cosas cambiaron drásticamente. En una de las tantas veces que se transformó, Cedric perdió el control y casi mata a una chica que estaba con él. Tuvo que convencerla que se trata de una mascota exótica que tenía. Ella accedió a duras penas.

Como no quiso repetir el episodio, construyó una habitación aparte y colocó

un conjunto de cámaras de video para monitorearse. Su mayordomo se encargaría de observarlo y de anotar los comportamientos y cualquier incidencia que encontrara interesante.

Luego de unos meses, Cedric se enfrentó con el hecho de que su ser licántropo se volvía cada vez más peligroso.

Con el deseo de encontrar la mejor solución al respecto, se topó con el BDSM. Le atrajo la idea de dominar y controlar, ya que pensó que eso le ayudaría a apaciguar su hambre descontrolada.

Las cadenas, látigos y amarres funcionaron temporalmente. En ese lapso, aprendió todo tipo de trucos e incluso fue capaz de tener intimidad con las mujeres. Con ello mató dos pájaros de un solo tiro.

Por cosas del destino, el lobo dentro de él se volvió indomable. Al llegar a ese punto, él tomó la decisión de aislarse por completo. Así evitaría hacer y hacerse daño. Gracias a las riquezas acumuladas, fue capaz de comprar una isla, residenciarse allí y administrar sus negocios con tranquilidad.

La casa que tenía la isla estaba equipada con lo necesario para que cualquiera se sintiera seguro ante cualquier catástrofe. Los controles y accesos cambiaban prácticamente cada semana. Las paredes estaban revestidas de un material resistente, había vidrios antibalas y como era de esperar, libre de plata.

La ubicación de la isla también era un punto fuerte. Estaba cerca de los límites con el país de origen de Cedric, pero lo suficientemente alejada para alejar a los curiosos. Los metros cuadrados de palmeras, árboles y selva, eran perfectos para él se sintiera libre por esas tierras, en especial las noches de luna llena. Cuando presentía que se volvería incontrolable, se encerraba en una mazmorra en las profundidades de la casa. Allí contaba con cadenas de plata y con sistemas de máxima seguridad.

El día que empacó para mudarse allí, pensó que quizás lo mejor era suicidarse. ¿Qué sentido tenía la vida si debía estar solo? Esa pregunta resonó en su cerebro y trató de distraerse con otra cosa. Quizás habría esperanzas para él.

La rutina era casi siempre la misma. Levantarse temprano, desayunar, sentarse en la computadora, revisar constantemente el estado de las acciones, hacer inversiones, responder preguntas de las mesas directivas, esquivar entrevistas de los tabloides, ejercitarse, comer y dormir. Era tan rígido que era seguro

sentir que todos los días eran iguales. Y de cierta manera así era. Sin embargo, a pesar del hastío, Cedric aprendió a vivir de esa manera.

III

-Este título lo puedes hacer mejor y lo sabes.

-Sí. Es que no se me ocurre nada.

-Venga. Estás sentada en esa silla y no te has despegado de allí desde hace horas. Deja eso aquí y tómate un café. Relájate un rato y vuelve a intentarlo, ¿vale?

-Vale.

Helena tomó el bloc de notas y la hoja impresa con la nota del día. Pasó media hora pensando en un mejor título para la noticia, pero la cabeza no le daba. ¿La razón? El viaje que tomaría en un par de días la tenía ansiosa.

Desde niña ha tenido miedo a las alturas, así que la idea de subirse a un avión y estar allí unas horas, no sonaba a un plan agradable que digamos.

Volvió a su puesto y fue a la cocina de la redacción. Allí estaban unos cuantos compañeros que miraban concentrados la televisión mientras hacían comentarios. Ella pasó por un lado, se sirvió una gran taza de café que mezcló con un chorrillo de crema y se sentó en la pequeña mesa que estaba allí. Suspiró largamente y tomó un sorbo del brebaje. Por suerte, estaba caliente.

La conversación de sus compañeros se terminó y ambos salieron dejándola sola. Helena, mientras estaba en la silla, pensaba que deseaba tener un poco más de acción en su vida.

-Creo que el vuelo es un buen comienzo.

Miró el reloj que colgaba sobre el horno microondas y se levantó. Había pasado unos 10 minutos así que fue tiempo suficiente para retomar la jornada. Mientras caminaba en dirección a su puesto de trabajo, pensó tuvo una idea brillante para el título.

El día terminó y Helena se encontraba en la parada del autobús. La noche estaba un poco fría pero no demasiado. Fue lo suficientemente precavida como para llevar un abrigo en caso de emergencia.

El autobús aparcó y un grupo de personas se preparó para subir. Ella, luego de pagar el boleto, fue hacia el final para sentarse en los últimos asientos. Sentía

que así la gente no la podía molestar.

Buscó en su mochila el reproductor de música y buscó Karma Police. Por alguna razón, Radiohead era lo que solía escuchar cuando regresaba a casa. Apoyó la cabeza sobre el vidrio y respiró profundamente. Estaba cansada y soñaba con dormir en su cama.

Helena, a pesar de tener un trato cordial con la gente, era más bien tímida. Por lo que era un poco disonante el que fuera periodista. Oficio que requería de cualidades de persuasión. Sin embargo, ella veía su trabajo como si actuara en una obra. Cada pauta era un espectáculo en donde se investía de mujer valiente y aguerrida.

A pesar de encontrarse satisfecha con lo que hacía, pensaba que su vida podía ser un poco más que eso. Así que no tardaba en soñar en cualquier otra cosa. Aspiraba a tener estabilidad y tranquilidad.

Si bien su desarrollo personal era una preocupación, también lo era el amor. Lamentablemente, tenía un haber de relaciones fallidas. Incluso llegó a pensar que pasaría sola el resto de su vida.

El sexo era otro aspecto el cual no le gustaba pensar demasiado. Sus anchas caderas y piernas gruesas, le producían inseguridad, por lo que pensaba que no era lo suficientemente atractiva para el sexo opuesto. Por supuesto, no era así.

Era morena y su tono de piel, hiciera o no hiciera sol, era brillante y luminoso. Aspecto que no pasaba desapercibido. Asimismo, tenía ojos y labios grandes, que resultaban intimidantes y atractivos. El cabello, negro y corto, le hacían lucir práctica y segura de sí misma.

Cuando no estaba demasiado cansada, pasaba gran parte de la noche pensando en lo mucho que le gustaría estar con un hombre. No tendría que ser una relación seria y formal, podría ser algo casual. Encontrarse en un sitio, beber unos tragos y quizás ir a la casa de uno o del otro. Besarse, tocarse y dejarse llevar por el deseo de sus cuerpos. ¿Qué habría de malo en tener algo así?

Abrió la puerta del piso. Suspiró de alivio porque las tripas no dejaban de sonarle y la verdad era que necesitaba un baño.

Apenas entró, su gata se acercó a ella para rozarse contra su pierna. Un maullido suave de bienvenida, para luego apartarse y dejarla entrar. Helena

acarició su cabeza, dejó el bolso en la silla que estaba junto a la puerta y volvió a cerrar.

El pequeño piso todavía preservaba el olor a café que había quedado en la mañana. Fue hacia la cocina y buscó los ingredientes para hacerse un sándwich. Cleo, su gata, se acercó a ella y maulló. Le dio un trozo de jamón de pavo y se concentró en preparar la comida. Tarareó un rato la última canción que había escuchado en el autobús mientras untó un poco de mostaza en el pan. Al terminar, sacó una botella fría de Coca-Cola que estaba reservando para ese momento.

Se sentó en una mesa que había comprado en Ikea en una barata y se sirvió. Al llevar un bocado, se encontró a sí misma sola y triste. Deseaba que algo extraordinario y único pasara. La rutina le estaba pesando en la mente y el corazón.

Limpió las últimas migajas de la mesa y el suelo. Barrió, sirvió un poco de agua en el platito de plástico de Cleo y fue al baño para tomar una ducha. Al entrar, se encontró con ese reflejo que tanto temía. Era una mujer de 30 años que sólo se dejaba llevar por las circunstancias y que no tenía un rumbo fijo. Como si estuviera en la espera de algo más.

Dejó la autocompasión y se metió en la ducha. Abrió las llaves de agua caliente y fría. La tibieza del líquido la abrazó por completo y pudo olvidar por algunos instantes la incomodidad de tener un cerebro que sobreanalizara las cosas.

Salió y buscó un pijama en medio de la oscuridad. Recordó que luego debía llamar a su madre para informarle sobre el viaje que haría y que debía empacar en cualquier momento. Odiaba empacar.

Se acostó en la cama y Cleo se reunió con ella. La gata le puso la pata sobre su mano, se sintió menos sola.

-A ver qué sale de todo esto.

Cerró los ojos y se obligó a dormir.

IV

-Sí, mamá, me llevó el dramamine. Sí. Lo sé. Lo sé. Aja... Sí. La llevaré a la veterinaria. Allí la cuidarán mientras esté afuera. Tampoco la quiero dejar allí pero mis vecinos no la pueden cuidar, se irán de vacaciones. Vale. Te llamo cuando llegue. Yo también te quiero.

Colgó la llamada y miró la maleta sobre la cama. Todavía estaba abierta y con unas cuantas prendas. No demasiadas. Contó un par de jeans, unas camisetas, un par de jerséis, zapatillas deportivas y una chupa de denim que llevaría puesta durante el vuelo. La sola idea le valió un mareo magistral y fue a la cocina a beber un vaso de agua.

Sin embargo, la idea se le desvaneció rápido porque recordó la lista de pendientes de ese día: llevar a Cleo, dejar instrucciones de su cuidado, recoger una ropa que dejó en la lavandería, avisar a la conserje que estaría fuera por unos días y, claro, limpiar un poco para tener un sitio ordenado en donde llegar.

Casi al final del día, Helena se acostó en la cama, agotada. Sólo reunió las fuerzas suficientes para quitarse la ropa. Desnuda, se quedó dormida.

La alarma sonó a las 6:00 a.m., como había previsto. I Got Mine de The Black Keys sonó tan fuerte que casi saltó de la cama. Apenas comenzó la canción, se levantó y fue a bañarse. Prefirió el agua fría para espabilarse, por supuesto no recordó que las horas tempranas de la mañana siempre eran frías.

Temblando y empapada, salió de la ducha a su habitación para comenzar a vestirse. Recordó las recomendaciones de su madre y preparó una muda cómoda. Un par de jeans que le quedaban anchos, una camisa de Pink Floyd y unas New Balance que encontraba sumamente cómodas. Revisó el móvil y se alegró en saber que todavía tiempo para tomar un rápido desayuno y revisar que tuviera todo listo.

Se preparó velozmente un pan tostado, queso y café negro. Aunque trataba de pensar en la semana cultural que pasaría en el pueblo que visitaría, no podía dejar atrás la imagen del avión y ella subiéndose en él. Su pecho se agitaba, incluso le costaba respirar.

Hizo los ejercicios de relajación que vio en unos videos de Youtube. Los puso

en práctica varios días antes como prevención en casos de que sintiera pánico. Al terminar, se levantó y lavó los platos. El móvil comenzó a sonar, era el equipo del periódico que la pasó a buscar.

En la van estaba un fotógrafo y el chófer. Los dos estaban hablando sobre las mujeres y cómo estas utilizaban la manipulación para engatusar a los hombres. Helena, fastidiada, se dispuso a revisar una revista vieja que estaba en el coche. No podía creer que gente adulta hablara como si fueran un conjunto de chavales.

Luego de bajar las maletas y comunicarse con la redacción, Helena y su compañero se prepararon para hacer fila antes de subirse al avión. Mientras se acercaba, una especie de malestar la hizo casi retroceder. Era extraño porque sus pies estaban plantados en el suelo, como si insistiera en no avanzar.

Pensó que era una tontería y entregó el boleto. Ahí mismo, destapó una botella de agua y se tomó una pastilla para el mareo con suficientes miligramos como dejarla rendida en cuestión de segundos. Ciertamente no tenía ganas de experimentar la magia de viajar entre las nubes.

Apenas se acomodaron en los puestos, todos atendieron las instrucciones en caso de un siniestro. Ella permaneció atenta, como si sintiera que necesitaba hacerlo. Respiró profundo y comenzó a sentir cómo el sedante de la pastilla estaba haciendo efecto. Sus párpados se cerraban lentamente hasta que se quedó profundamente dormida.

El piloto del avión tomaba café hasta que vio un aviso en el tablero. Una luz roja indicaba una falla mecánica en uno de los motores. Dejó el vaso de cartón a un lado y le informó a su primer oficial. Este revisó las medidas y números para confirmar lo que estaba frente a sí.

-La próxima ciudad queda a una hora de aquí.

-Es demasiado tiempo.

La luz roja, estática por un momento, comenzó a titilar salvajemente. El piloto sintió un miedo frío que le atravesó el cuerpo. Aquello era señal de algo muy grave.

Las azafatas fueron informadas de la situación y ahí mismo salieron para recordarle a los pasajeros aquellas primeras instrucciones. En un primer momento, nadie pareció prestarle importancia. Sin embargo, el rostro

alarmado de las mujeres más el fuerte sacudón, hizo que algunos gritaran del pánico.

El terror de Helena se volvió real. Ella aún dormía aunque su umbral de sueño se interrumpió por el llanto de un bebé. Abrió los ojos y se encontró con el caos que reinaba alrededor. Su compañero tenía una expresión de poco entendimiento.

Instintivamente ajustó el cinturón de su asiento, buscó el salvavidas y colocó su cabeza sobre sus rodillas. Intentó gritarle las instrucciones a su acompañante pero hubo una imagen horrible que quedaría marcada a fuego en sus neuronas. Otro fuerte sacudón hizo que el avión se partiera como una galleta. Varios pasajeros, incluyéndolo a él, salieron disparados por los aires con los sus gritos ahogados en el aire.

Helena intentó reaccionar pero su cuerpo estaba compacto en ese espacio. Cerró los ojos, pensó en su madre, pensó en la vida que tenía, en que desearía tener una oportunidad.

El mar se volvió más próximo. El avión cayó sobre la superficie del agua y se perdió entre las olas y el silencio. Antes, el piloto y el primer oficial, enviaron señales de ayuda a quien pudiera escucharlos. Las respuestas llegaron segundos después de estrellarse.

Las autoridades marítimas trataron de encontrar supervivientes pero no encontraron rastros de vida. La noticia llegó al país y los familiares de las víctimas quedaron destrozados por lo sucedido.

El periódico hizo un par de obituarios para Helena y el fotógrafo. Permanecieron cerrados por una semana. El llanto de sus compañeros denotaba incredulidad y negación. Era una tragedia sin precedentes.

La sensación de espacio y tiempo se convirtió en un concepto elástico, flexible. Helena quedó suspendida en una oscuridad que no le resultó familiar. Quería abrir los ojos pero no podía. Su cuerpo estaba atrapado en un dolor agudo que no podía descifrar. Cayó de nuevo en esas tinieblas.

Por un milagro o por un acto caprichoso del destino, el cuerpo de Helena cayó en las arenas blancas de una isla desierta.

Fue la única sobreviviente.

V

Sintió algo que mojaba sus pies. También que su mejilla rozaba con una superficie rasposa. Pensó que se trataba de un sueño así que abrió los ojos. Sintió dolor en los párpados. Una locura ya que no habría razón para eso. Estaba acostada sobre la arena, las pequeñas olas a la orilla, mojaba la parte inferior de su cuerpo. Trató de levantarse aunque se encontraba débil y muy mareada.

Se tomó su tiempo entonces para sentarse y se percató de su ropa rota y de las heridas en los brazos y piernas. Tenía hambre y también le dolía la cabeza. Sentía que tenía un yunque sobre su cabeza.

Se puso de pie y los recuerdos le vinieron de repente: el rostro de pánico de su amigo volando por los aires, el llanto del bebé y las azafatas pasando por los asientos tratando de calmar a otros cuando ellas mismas también querían desplomarse de la desesperanza.

Su memoria le retrató cómo sus pies quedaron enterrados en el suelo para que no siguiera avanzando. El presentimiento era tan fuerte... Pero no le prestó atención. Le pareció absurdo.

Mientras el sol se ocultaba, cayó de rodillas y comenzó a llorar desconsoladamente. Por ella, por su compañero, por la gente que murió. Fue tanto y tan fuerte que se desmayó.

Horas más tardes, en la noche, una gran sombra se colocó tras el cuerpo inconsciente de Helena. La figura se acercó para tomarle el pulso y para verificar la respiración. Todo parecía el orden.

Tocó el resto de su cuerpo para tantear la presencia de fracturas o de otros daños. De nuevo, no hubo novedades. Un par de fuertes brazos la tomaron y la llevaron hacia una gran casa en medio de las hojas, arbustos y palmeras.

Unos cuantos metros fueron suficientes para llegar a destino. Dejó a Helena sobre un sofá y él se apartó. Buscó la fuente de luz más cercana para observarla mejor. Sí. Se trataba de una mujer muy hermosa.

Las sombras de la oscuridad quedaron atrás y así salió a relucir la expresión de preocupación de Cedric. Con temor, acarició el rostro de la desconocida.

Sintió como si un fuego le alcanzara las entrañas. Hacía tanto que no veía una mujer, hacía tanto que no había tocado a una.

El pasado le recordó el hombre mujeriego que era, antes de convertirse en lo que era... Un monstruo.

Se alejó asustado ante ese pensamiento. Dio vueltas por la sala y miró para todas partes. Se acercó a uno de los monitores escondidos en la cocina para cerciorarse de que no había nadie en el perímetro. En efecto, estaba la misma imagen de siempre, la playa desierta, el agua tranquila, la luna en el cielo.

Llevó sus manos a su cabeza, esperando que se le ocurriera alguna idea. En ese instante, pensó en la mazmorra que estaba un par de pisos abajo. Había construido un par de celdas como medida de protección. Esta sería la primera vez que las usaría.

La cargó entre sus brazos y descendió por unas escaleras. A medida que bajaba, había menos fuentes de luz. Aquello no era un problema para él, sus vista era tan aguda que podía visualizar su camino así estuviera en la penumbra.

Finalmente, encontró un la entrada hacia la mazmorra principal. Como pudo, introdujo un código en un pequeño tablero y colocó el pulgar en un lector que estaba debajo. Se escuchó un clic y se abrieron las rejas. Avanzó hasta que la dejó en una celda.

Con cuidado, la dejó en el catre que estaba allí. Cuando la miró, parecía que dormía. Tenía una expresión de tranquilidad y quietud. Le generó una extraña sensación. En parte era ternura y en otra, envidia. Deseaba tener esa misma paz aunque hubiera pasado una tragedia.

Avanzó hasta otro espacio de la celda. Verificó que el baño funcionó a la perfección y que contaba con todo lo necesario para usarlo. Asimismo, hizo con las sábanas y frazadas. Era un lugar frío así que no quería preocuparse por ese detalle. Observó el techo y miró la pequeña cámara que estaba allí. La mantendría vigilada en todo momento.

Cerró con llave y volvió a salir, dejándola sola. De seguro ella, al despertar, se encontraría más desconcertada de lo que suponía él.

Al subir, encendió el televisor. Ya estaban reportando el accidente del vuelo del United Airlines.

“En estos momentos, las autoridades están estudiando el contenido de la caja negra del vuelo. Lamentablemente, los rescatistas no han podido encontrar a algún sobreviviente por lo que se estima que el número de fallecidos es el mismo de los pasajeros y de los tripulantes. Entre las investigaciones, se ha encontrado que ninguno de los motores recibió el mantenimiento de rutina, hecho que no se le notificó al capitán del avión. Pronto estaremos ampliando esta noticia para ustedes...”

Cedric puso mute el televisor y se sentó en la silla de cuero que se encontraba en su estudio. Sintió lástima por esa mujer. Ella era la única que salió ilesa de una tragedia. Parecía un milagro. ¿Eso tendría algún sentido? Hacía tanto que sus conceptos de fe se habían diluido entre las tragedias personales que aquello le pareció todo un acontecimiento.

Encendió la pantalla que transmitía el video de la celda en donde se encontraba la mujer. Seguía durmiendo. Incluso pudo ver cómo respiraba.

Luego de concentrarse en ella, observó el calendario que estaba a poca distancia en el escritorio. Faltaban pocos días para la luna llena.

-Joder.

VI

Las náuseas despertaron a Helena. Sensación que se entremezclaba con el hambre que parecía aferrarse a su cuerpo con fuerza. Se levantó y se encontró en un lugar completamente diferente. El catre, los barrotes y el baño que estaba a un metro de distancia. Las paredes de piedra fría le sobrecogieron.

-¿HAY ALGUIEN ALLÍ? ¡HOLA! ¡HOOOOOLAAAA! POR FAVOR, CONTÉSTEME, POR FAVOR. ¡AUXILIO!

Sus gritos sólo se hicieron eco entre las paredes. No hubo respuesta. En ese momento, se dejó caer en el catre. Se acostó en posición fetal controlando la desesperación que le invadía el cuerpo.

En los minutos que estuvo allí, escuchó unos pasos que venían hacia ella. Por un momento pensó que se trató de un juego mental. Agudizó los oídos y le dio crédito a ese estímulo.

Se levantó de repente y frenó el impulso de decir algo. La imagen de Cedric la golpeó, impidiéndole decir algo inmediatamente. Los ojos grandes y verdes, el cabello liso y de un rojo intenso. La piel blanca, el mentón cuadrado, la nariz recta y los labios un poco finos. Se miraron por unos segundos que parecieron una eternidad. Una eternidad intensa y placentera, fogosa y calma.

-Asumo que tienes hambre. Aquí tienes el desayuno.

-Señor, señor. Por favor, déjeme salir de aquí. Tengo... Tengo que hablar con mi madre, ella debe saber que estoy bien, que estoy viva.

-Lo sabrá. Todo a su debido tiempo. Por lo pronto, deberías tomar un baño y comer. Debes estar famélica.

-¿Me ha escuchado? Le dije que me saque de aquí. Se lo ruego.

-Toma un baño y come. Allá tienes una muda de ropa y zapatos nuevos. Revisé tu estado y estás bien. Tuve que suministrarte un suero porque estabas deshidratada.

Los ojos de Helena se llenaron de lágrimas. Cedric quiso explicarle por qué estaba allí pero no pudo. Era demasiado complicado. Mientras más información supiera, más peligroso sería para ella.

-Me llamo Cedric. Estaré siempre cerca por si necesitas algo.

Entre sollozos, ella suplicó aún más.

-Por favor, déjeme salir. No diré que me mantuvo aquí, pero por favor, déjeme ir. Tengo que ir a casa.

Le dejó la bandeja con la comida y se fue. Hizo un esfuerzo por hacerlo. Esperaba poder explicarle después las cosas o no tener que hacerlo. Sí. Mejor así.

Helena volvió a quedarse sola. Continuó con los gritos de ayuda, incluso trepó unas cuantas rocas hasta la ventana alta con barrotes. Gritó y gritó hasta que sintió una punzada en los pulmones. Se dejó caer al suelo y cerró los ojos para reprimir las ganas de ponerse a llorar.

Como ya no le quedaban fuerzas, se arrastró un poco hasta la bandeja. Para su sorpresa, todo lo que estaba allí se veía genuinamente delicioso. Sacó un par de dedos y pellizcó un trozo de la comida. Se lo llevó a la boca y la sensación de bienestar le embargó el cuerpo. Comenzó a comer como si no hubiera un mañana.

En la celda se encontraba un filtro de agua. Luego de comer, una Helena con más vigor, casi consumió un cuarto del botellón. Respiró aliviada, casi era una persona nueva. Por supuesto, recordó las palabras de su carcelero y se acercó al baño tímidamente.

En comparación con su piso, el lugar parecía de lujo. Azulejos blancos y negros en el suelo, paredes blancas y pulcras, una cortina del mismo color y un lavabo de mármol. El espejo, que estaba sobre este, era cuadrado y con un delicado marco color marfil.

Sobre el inodoro, estaban unas cuantas toallas blancas y hasta un pequeño florero con un par de lavandas. Suspiró y le pareció tentadora la idea de tomar un baño. Así que se quitó rápidamente la ropa, abrió las llaves y se sorprendió de encontrar agua caliente. Así pues que se quedó allí, bajo la tranquilidad y la tibieza que le hacían pensar que estaba en otro lugar.

Salió de la ducha y encontró una muda de ropa. Miró a todas partes y no encontró nada que le resultara sospechoso. Lo que tenía puesto, lo dejó a un lado. Se cambió y salió de nuevo para encontrarse prisionera otra vez. Luego de asomarse inútilmente, Helena trató de descansar un rato más. Aún pensaba

que el hecho de que estuviera viva era un hecho sin precedentes.

Desde la oscuridad del estudio, Cedric no paró de observar los movimientos de Helena. Estaba atento a lo que hacía y cómo lo hacía. Se tranquilizó al saber que al menos había tomado el desayuno y que se había duchado. Adivinó sus medidas y hasta se congratuló por no perder el ojo agudo. Sin embargo, seguía pensando qué podía hacer con ella. Dejarla libre, a estas alturas, podía ser contraproducente para él. Por otro lado, retenerla era igual de peligroso... Sobre todo por él.

Se levantó y caminó unos cuantos pasos. Era obvio que estaba ansioso, la luna llena sería al día siguiente y tendría que optar por otros métodos para protegerla.

Volvió a sentarse en la silla para seguir mirándola. Luego de un rato, ella se quedó dormida. Supuso el dolor que sufrió a raíz del accidente. Se acercó a la computadora y envió una captura de pantalla de su rostro a su mayordomo para que este le enviara más información al respecto.

Esperó unos minutos y enseguida recibió el nombre completo y profesión. Supo también que iba de viaje para hacer un reportaje sobre las fiestas de un pueblo cercano. Observó su perfil de Facebook y se enteró que era fanática del rock y el blues, que le gustaban los gatos y que comer era su debilidad. Mientras más sabía de ella, más le gustaba.

Cerró las ventanas de sus redes sociales y se quedó pensativo. Se levantó de nuevo y se percató que se sentía muy atraído hacia ella. Quería hablar más, quería escucharle la voz, quería tocarla... Besarla, quizás. Pero, ¿cómo hacerlo? Helena era su prisionera.

Esa noche, luego de la cena, ella se acostó de nuevo en el catre. Miro al techo y notó que había un tragaluz. En donde estaba, podía ver el resplandor de la luna. Su luz caía al suelo de la celda, iluminando todo como si fuera de día.

Suspiró de nuevo, pensó en su madre, en sus compañeros del periódico, en Cleo y su piso. De seguro, todos pensarían que estaba muerta y ella estaba allí, sin la posibilidad de comunicarse con alguien para decir que estaba bien.

-Señor... Señor, sé que está allí y puede escucharme. Le suplico, le imploro que me deje al menos decirle un mensaje a mi madre. Ella debe saber que estoy viva. Es todo... Es todo lo que le pido.

Efectivamente, Cedric escuchó cada palabra. No obstante, cualquier comunicación que saliera de ella proveniente de la isla, representaría la presencia de las autoridades y toda una serie de invasores que no se cansarían en reclamarle las razones por el secuestro. El peor escenario, además, era él convirtiéndose en hombre lobo y desatando una carnicería sin razón. No, no, no. Ya habría una forma de hacer las cosas como debía.

Horas más tarde, Helena se quedó profundamente dormida. Al verlo en la pantalla, Cedric bajó hacia la mazmorra para aprovechar y verla de cerca. Bajó esos escalones que tanto recordaban la prisión que era su cuerpo, caminó unos cuantos metros y la encontró con la cabeza apoyada en la almohada.

Estaba boca arriba por lo que pudo ver la suave respiración de su pecho. Una mano estaba sobre el torso y la otra descansaba en la colcha. Pensó que sería buena idea cambiarle el catre por una cama pequeña. Al menos así dormiría mejor. Se distrajo de su hilo de pensamientos al pensar en lo bella que era. Comenzó a sentir una especie de debilidad por sus labios carnosos. Sintió la curiosidad de probarlos.

Admitió que ella le generaba sensaciones pasionales pero también otras muy distintas. Sólo estando allí, junta a ella, estaba en paz. Nunca se sintió a lo largo de los años.

-Es posible que tú seas... Que tú me ayudes –Dijo casi en un susurro.

Sostuvo un par de barras de metal y se aproximó más. Deseaba verla abrir los ojos para encontrarse en ellos. Deseaba que ella perdiera el miedo hacia él. Quizás lo mejor que podía hacer, era dejarla salir poco a poco. Lo suficiente para... No. No podía. Él era demasiado peligroso.

Se echó para atrás. Rechazó la idea de plano por lo que se fue como alma que lleva el diablo. A pesar que faltaban unas cuantas horas para los días terribles que estaban por venir, estaba sintiéndose mal, descompuesto.

Helena despertó empapada de sudor. Se levantó del catre de un solo golpe. El corazón no le paraba de latir. Aún podía ver el rostro de terror de su compañero, los gritos confundidos con el sonido del avión rompiéndose a pedazos, el olor a la sangre y la muerte. Inevitablemente, se puso a llorar, quiso abrir su cabeza y botar el recuerdo muy lejos de ella.

Se levantó y se percató que ya era de día. Al mirar hacia los barrotes, había otra muda de ropa y una bandeja con comida. No había visto su captor desde

el primer encuentro.

Aunque su instinto le dijo que podía confiar esos extraños gestos de amabilidad, no podía olvidar la intensidad y belleza detrás de esos ojos verdes ni el rojo de su cabello. La altura de su cuerpo, la manera de hablar e incluso el tono de voz. Ese hombre le cautivaba y le daba miedo al mismo tiempo. Tomó la muda y fue hacia el baño.

Se cepilló los dientes y preparó la ducha, se bañó por unos minutos y salió un poco más renovada. Al verse desnuda, examinó su cuerpo para ver si encontraba alguna herida. De hecho encontró unos moretones en los muslos y brazos, una pequeña raja en la cadera pero nada por qué alarmarse. De resto no vio nada más. Sí, sin duda se trataba de alguien con mucha suerte.

Antes de sentirse más culpable de lo que ya estaba, comenzó a vestirse y a mirarse con más detenimiento al espejo. Tenía ojeras a pesar que había dormido bien, el cabello estaba creciendo a un ritmo que le desagradaba y la expresión de tristeza no se la quitaba por más optimista que se sintiera. Era claro que deseaba encontrarse en casa, en su cama, acariciando a Cleo.

Al terminar, salió a tomar la bandeja y comer, en ese instante vio a Cedric sentado en el catre, esperando por ella.

-Buenos días.

El terror le impidió siquiera responder. Se mantuvo allí, pegada a la pared de piedras como si fuera una estatua.

-No te haré daño.

-¿Por qué me tiene aquí? No entiendo.

Cedric bajó la cabeza, buscando un momento para seguir hablando. Quiso tener paciencia para contarle todo lo que realmente estaba pasando pero no pudo. Así que ignoró la pregunta y continuó:

-Luego entenderás la razón pero es importante que sepas que esto es por tu propio bien.

Ella arrugó el entrecejo. Se mantuvo de pie porque era incapaz de moverse unos centímetros más.

-No te haré daño. Lo juro. ¿Por qué no desayunas?

-No tengo hambre.

-Apuesto que sí.

Helena le echó una mirada a los gofres con frutas y al vaso de jugo de naranja. Se veía todo tan apetitoso que sólo se pudo resistir un poco más.

-Venga.

Él insistió y ella accedió a acercarse a él. Se sentó en el extremo opuesto del catre, tomó la bandeja y comenzó a comer. Inmediatamente hizo un gesto de satisfacción y Cedric lo reconoció. Hubo algo allí que le pareció terriblemente encantador.

Se mantuvieron en silencio hasta que ella estuvo a punto de terminar. Cedric volteó a verla. No se había equivocado, estaba cada vez más prendado de ella.

-Sé que te llamas Helena y que eres periodista en una cadena de medios del país. –Ella abrió los ojos- Estoy ideando la manera de que puedas enviarle un mensaje a tu madre, diciéndole que estás bien. Pero sólo a ella.

-Es todo lo que pido.

Ella sintió que había ganado una batalla.

-Lo sigo pensando así que no estoy seguro. Aún siguen con las averiguaciones. Lamento mucho lo que sucedió.

No pudo evitarlo. Las lágrimas empezaron a correr sobre las mejillas de ella.

-... Vi a un amigo morir. Es algo que está marcado a fuego dentro de mí.

-Sé lo que quieres decir. De verdad.

La cercanía de su voz, se sintió tan suave, tan sensual.

-Por eso sólo le pido que me dé la oportunidad de avisarle a mi madre. Verá, las dos somos muy unidas y no quiero que sufra más por mi culpa.

-Lo sé. Veremos qué podemos hacer.

-Vale.

-Por otro lado. Será necesario que te mantengas aquí por un tiempo. Ah, antes de que se me olvide. Esto es un intercomunicador remoto. Sólo presionas este botón por si necesitas algo de mí. Estaré atento ante cualquier cosa que surja.

-Gracias.

Se levantó para dejarla allí pero un impulso lo detuvo. Se volvió a ella y le

dijo:

-¿Te gustaría salir un rato?

Los ojos de ella brillaron con fuerza.

-¡Me encantaría!

Él sonrió ante el dulce gesto y le dejó salir.

Aunque estaba un poco más fuerte, Helena sintió que las piernas le temblaban un poco. Incluso, estuvo de caer cuando sintió el brazo de Cedric rodeándola. Se sorprendió de la fuerza que sintió así como la rapidez de su reacción.

-¿Estás bien?

-Sí. Muchas gracias.

Subieron por las escaleras y poco a poco Helena se encontró con una imagen completamente a la que tenía en mente. Era un lugar sin duda hermoso. Una amplia sala, una cocina grande y abierta y una serie de ventanales que daban vista al mar. El paisaje era simplemente increíble.

Se detuvo un momento porque se quedó hipnotizada por el movimiento de las olas y por el brillo de la arena. Parecía mentira que hacía varios días había estado allí a su suerte de no ser por él. Justo en ese momento se le presentaron una serie de posibilidades. Pudo morir por algún animal o por el hambre y la deshidratación. Sí, estaba presa pero también estaba viva gracias a la buena suerte y a la ayuda de un desconocido.

-¿Quieres ir allá?

-Sí, me encantaría.

A medida que se acercaba, tuvo la tentación de salir corriendo. Calculó el estado de su cuerpo así como la ropa que tenía. Al salir, se percató de unos cocoteros y palmeras. Bien, no le faltaría comida ni bebida, al menos se mantendría lo suficiente para pedir ayuda o nadar. ¿Cuán lejos estaba de tierra? ¿Cuánto tiempo le llevaría llegar? La mente no paraba de hacerle ruido.

Dejó de pensar cuando se encontró con el calor del día. El sol estaba a lo alto, el cielo despejado y una brisa fresca pareció darle la bienvenida. Sus ojos se perdieron en el horizonte. Dio unos pasos más adelante hasta que se sentó sobre la arena. Estaba calmada y en silencio.

Cedric, desde cierta distancia, la miraba. Supuso que ella estaría pensando en cómo escapar. Tenía sentido, cualquiera desearía regresar a casa. Así que la dejó allí porque no quiso perturbar su tranquilidad.

Iba a regresar al interior de la casa hasta que los dos intercambiaron miradas. Helena se levantó y fue hacia él.

-¿No vendrá?

Cedric tuvo miedo. Tuvo miedo porque la presencia de ella era un peligro para sus instintos más bajos. Ella pareció sonreírle y él respondió de la misma manera. Pensó que quizás era una estrategia para hacerlo sentir en confianza y así correr lo más lejos posible. No quiso sobre-analizar más y se encontró con ella. Quedaron juntos sobre la arena caliente, en silencio.

Cedric cerró los ojos y suspiró de cansancio. Recordó que esa noche era luna llena y que los malestares propios de la anticipación de su transformación, lo agobiaban. Le dolía la cabeza, espalda y manos. Sus venas estaban tan brotadas que casi parecía que iban a explotar. Por otro lado, la serenidad de Helena le hacía sentir mejor. Tenía un efecto curativo en él.

-Es momento de regresar.

-Ella quiso objetar pero asintió pesadamente. Si quería salir viva de allí, debía ganarse su confianza.

Cayó la tarde y Cedric se aseguró que todo estaba con la seguridad cerrada de siempre. Por último revisó la transmisión en vivo desde la celda de Helena. Ella estaba sobre el catre y parecía estar despierta. Miró el reloj y fue hasta las afueras de la casa. Los dolores se volvieron más agudos, punzantes.

Su espalda comenzó a encorvarse y la piel a transpirar profusamente. Las manos y piernas estaban cobrando una forma animalesca así como el rostro. Vello grueso y oscuro emergieron desde su carne para cubrirlo por completo. El torso, así como sus extremidades, se estiraron hasta convertir a Cedric en una bestia de 2 mts de altura.

Corrió velozmente por entre la selva de la isla y se detuvo en un desfiladero. Aulló varias veces y volvió a adentrarse en la oscuridad de noche.

A poca distancia de allí, Helena escuchó los aullidos desde su celda. Se levantó de repente y sintió un terror inmenso. Primero le extrañó la presencia de lobos en la isla y segundo ese conjunto de sonidos, le pareció particular,

como si no fuera un animal después de todo.

Se escondió en el baño y apagó todas las luces. Por alguna extraña razón, tuvo el presentimiento que algo iba a suceder. Contuvo la respiración y esperó, y esperó. Cuando pensó que todo aquello era producto de su imaginación, escuchó unos pasos extraños que bajaban por los escalones. El roce sobre la piedra, el peso de las pisadas, fueron detalles que le erizaron los vellos de la nuca.

Comenzó a temblar, hizo todo lo que pudo para no hacerlo aunque le pareció inútil. Escuchó la nada y pensó que había pasado nada, sin embargo, a salir de su escondrijo se encontró con una imagen aterradora. Era un lobo o un hombre, o las dos cosas. No lo supo identificar inmediatamente.

Se quedó de pie, mirándolo a los ojos, esos ojos rojos y brillantes. El animal se acercó hacia las barras de metal y Helena miró hacia los lados, no había a dónde huir. Se echó para atrás pero él avanzaba hasta que se detuvo justo a unos centímetros. Ladeó la cabeza y siguió mirándola. Abrió un poco la boca y ella observó el filo de sus dientes. Ella estaba segura que perdería la razón en cualquier momento.

A pesar del miedo, del pánico profundo, Helena sintió que se trataba de alguien familiar. Por más extraño que fuera, se acercó y se encontró de frente a él. La expresión de furia y hambre de la bestia, menguó poco a poco. Era casi como si ella le diera una dosis de paz. Ella intentó tocarlo pero él bruscamente se echó para atrás. Luego, corrió escalones arriba y no lo sintió más.

El impacto del momento hizo que se desplomara en el suelo frío.

-¿En qué lío me he metido?

Llevó sus manos a la cabeza, insistiéndose a sí misma que todo era producto de un sueño... Aunque sabía que no era así.

VII

El reloj de pulsera de Cedric no paró de sonar. El fastidioso ruido lo hizo reaccionar en poco tiempo. Al despertar, se percató que se encontraba en medio del patio principal, desnudo y con rasguños.

-Una noche cualquiera.

Se incorporó y caminó hacia un pasadizo que lo llevaba a la habitación. Aún era muy temprano en la mañana. Como siempre, sólo logró recordar algunos fragmentos de la noche anterior.

Se introdujo en la ducha y tomó un largo baño caliente. Al terminar, ya se encontraba más relajado por lo que se sentó en su cama y trató de colocar las cosas en orden dentro de su cabeza. Los trozos comenzaron a encajar. Había subido a la colina, luego corrió en la selva, no obstante había algo con lo que no lograba dar. Era extraño.

Siguió cavilando hasta que vino a su memoria algo que confirmó sus preocupaciones. En efecto, bajó a la mazmorra para encontrarse con Helena. Vino a su mente la mirada de sorpresa y de curiosidad que tenía ella. Por primera vez desde que era hombre lobo, sintió que su bestia no tomó por el completo el control de sí mismo. Helena le transmitió algo que no pudo describir.

-Joder.

Sin embargo esto lo dejó en evidencia. Tendría que ir hacia donde estaba y explicarle lo que era. ¿Sería muy pronto? Probablemente, pero aun así, se quitaría un peso de encima.

Terminó de vestirse y fue con paso decidido hasta encontrarse con Helena. La encontró sentada en el catre con los ojos rojos y con la expresión de cansancio. Al verlo, se sobresaltó y esperó que él hablara.

-Tengo que confesar algo.

Permanecieron en silencio por un rato. Helena no podía creer lo que acababa de escuchar. Todo le parecía inverosímil.

-¿Así que eras tú?

-Sí.

-¿Por eso estoy aquí?

-Sí. Generalmente es aquí en donde me encierro para que nadie me encuentre pero era el único sitio seguro para ti. Así que decidí dejarte aquí para que estuvieras segura. Sin embargo, lo de ayer fue... Algo que se salió de control. Definitivamente.

Ella lo miró y suspiró.

-Fue por eso que no quise que te comunicaras con nadie. Compré esta isla para alejarme de todos, para encontrar un poco de tranquilidad y para evitar que otros corran peligro junto a mí. De hecho, mi mayordomo, no vive aquí. Sólo estoy yo.

Helena trató de comprender lo que sucedía. Estaba sentada con un tipo con un gran secreto que, a la vez, le hacía sentir que cargaba un peso insoportable.

-A veces pienso en dejar todo esto. Ya no le encuentro el sentido de las cosas.

-No digas eso.

Fue lo primero que pudo salir de su boca después de mucho tiempo sin decir palabra.

Cedric se levantó de repente y la miró. Se le hacía cada vez más difícil el resistirse ante los deseos de estar con ella.

-Es mejor que me vaya. Puedes correr peligro aún si estoy así.

Se acercó hacia los barrotes y cerró la celda con rapidez. Ella se acercó y lo miró fijamente.

-Déjame ayudarte.

-No puedes. Nadie puede.

Se volteó para dejarla allí otra vez, sumida entre la duda, confusión y curiosidad.

Volvió a caer la noche y Helena trató de resguardarse de lo que venía. Agudizó los oídos y esperó escuchar los aullidos de Cedric. Minutos después, el sonido se hizo eco en la oscuridad de la isla. Él no debía estar demasiado lejos.

Así que repitió todo el procedimiento de la noche anterior, apagó las luces y se escondió en el baño. El corazón le latió con fuerza. Deseaba verlo y convencerlo que no quería hacerle daño. Pero, según todo lo que escuchó, él dejaba de ser humano cuando se transformaba. De nuevo el miedo invadió su cuerpo.

Por otro lado, pensó que quizás no se repetiría lo de la primera vez. Probablemente estaría afuera y allí se quedaría... Pero no fue así.

Las pisadas resonaron en el largo pasillo que comprendía la mazmorra. Una por una, pesadamente, anunció la llegada de él en el lugar. La respiración y los ruidos de las garras rozando el suelo, los gruñidos y la saliva. Los ojos inyectados de sangre que la buscaban con desesperación.

La bestia se detuvo y la miró. Ella estaba frente a él con una actitud estoica. Dio un paso hacia el frente.

-¿Sabes quién soy?

No hubo respuesta.

-No quiero hacerte daño. Sólo quiero que me dejes ayudarte.

La bestia hizo un resoplido extraño y fuerte. Helena quiso echarse para atrás y esconderse como un ratón, pero no lo hizo. Quiso insistir, algo la obligó a hacerlo.

-Por favor, déjame hacerlo.

Dentro de ese lobo de dos metros y 100 kilos, se encontraba un hombre desesperado. Así que emergió y se notó en un pequeño brillo en los ojos. Una de sus garras se apoyó sobre la barra cerca de la cara de ella. Al sostenerse, Helena notó cómo se quemaba. Supuso que el metal contenía plata. Así que entendió por qué estaba segura en ese sitio.

-¡Basta!

La bestia se echó para atrás en un gesto de dolor. Volvió a irse con rapidez y no volvió más. Helena estaba decidida a comprometerse a ayudarlo tanto como pudiera.

Se encontraron en la mañana. Esta vez, estaban en la cocina. Ella le curaba la herida mientras él le explicaba los mecanismos de seguridad.

-Listo. Creo que así está bien.

-No resistirá demasiado esta noche.

-¿Cuánto tiempo dura la fase?

-Depende. Puede ser un par de días o una semana. Como tengo muchos años así, varía mucho más. Sin embargo, creo que esta será la última vez... Hasta que tenga que lidiar con esto de nuevo. Un ciclo sin fin.

-Debe existir un método que al menos te permita tener cierta estabilidad.

-Créeme que lo he intentado. He hecho de todo. Por un momento el encadenarme funcionó. Me mantuve tranquilo y di las cosas por sentado pero por supuesto que me equivoqué.

-Tendremos que pensar en algo.

-¿Por qué me quieres ayudar?

-Porque me salvaste la vida. Pudiste simplemente ignorarme allí y listo. No lo hiciste. Siento que tengo una deuda muy grande contigo.

-No exageres.

-No lo hago. ¿Qué tal si probamos algo? No me encierres esta noche, deja la celda abierta.

-No. Imposible, Helena. Sería demasiado arriesgado para ti. Además de absurdo.

-Venga, vamos a intentarlo.

La mirada insistente de ella le hizo cambiar de opinión. Así pues que esperaron a que cayera la noche y se prepararon. Los malestares de Cedric se intensificaron de un momento para otro y, justo antes, él le pidió que se alejara. Ella accedió y fue hacia la mazmorra. Si bien estaba libre, también tenía que refugiarse en un lugar que le proporcionara cierto grado de protección.

Minutos después, un aullido largo y fuerte resonó por la casa. Permaneció de pie, junto a la celda por si las cosas se complicaban. Enseguida escuchó los pasos de la bestia acercándose a donde se encontraba. En una mano, sostenía una navaja de plata que él le dio como medida de precaución. Sin embargo, sabía que ciertas situaciones de peligro, lo máximo que se puede hacer, es quedarse congelado. Eso era lo que más temía.

La sombra de la bestia comenzó a extenderse lentamente sobre el suelo. La silueta enorme e intimidante, cubrió por completo cualquier rastro de luz. Los ruidos se hicieron fuertes a medida que descendía por los escalones.

Cedric, en modo licántropo, emergió entre las sombras. Su figura era tan grande que hacía ver a Helena del tamaño de una hormiga.

Ella pudo notar que la respiración de él era fuerte y agitada, sus ojos se veían más agresivos que nunca y su lenguaje corporal denotaba que en cualquier momento se le vendría encima. No obstante, no fue suficiente como para hacerla retroceder.

-Te dije que te quería ayudar y eso haré.

Soltó la navaja de plata y caminó hacia su dirección. Poco a poco, alzó su mano para colocarla sobre el largo hocico. En el primer intento, él hizo un resoplido que casi le hizo dudar de su intención.

Volvió a tomar valor y, a pesar de la intensa agresividad en la mira, logró descansar su mano sobre él. Acarició con suavidad e inmediatamente él cerró los ojos. Pareció calmarse a tal punto, que se inclinó un poco hacia ella, como si fuera un animal manso.

Helena continuó acariciándolo hasta que encontró en sus ojos un poco más de la esencia de Cedric. Su presentimiento estaba en lo correcto. No le haría daño porque sorprendentemente hizo que él la reconociera.

Después de ese momento en donde ambos experimentaron una intensa conexión, Cedric se fue en silencio para adentrarse en la selva. A pesar de que había rescatado un poco de su ser, todavía era un animal. Así que se fue para no lastimarla.

La mañana siguiente fue una revelación para él. Se encontró desnudo, cansado, con hambre pero también optimista. Ciertamente ella lo había domado con facilidad y eso podría representar una luz de esperanza.

Se levantó de entre las palmas secas y fue a casa. Mientras caminaba, encontró la figura de Helena en la cocina. Parecía que estaba preparando algo. Por un momento, se quedó allí, mirándola. Esa sensación de paz regresó a él para reconfortarlo. Sin embargo, tuvo que espabilarse porque se percató que todavía estaba desnudo.

Fue corriendo a una parte lateral de la casa y allí se escabulló hasta su

habitación. Tomó un baño rápido y bajó para encontrarse con ella que todavía allí.

-Hola. Preparé un poco de café e hice esto. No se me da muy bien el cocinar por lo que espero que haya salido bien.

Los ojos se le iluminaron y comenzó a comer con rapidez. Efectivamente, el hambre le hizo devorarse el plato en pocos segundos.

-Por cierto, ¿cómo te sientes?

Hacía tiempo que no escuchaba una pregunta como esa.

-Pues, como siempre cuando pasan estas cosas. Cansado y con unas cuantas heridas.

-¿Recuerdas las cosas que haces cuando te transformas?

-Antes no. Por más que lo intentara era imposible, sin embargo, ya ahora es diferente. Si me concentro lo suficiente, mi mente es capaz de hacer una retrospectiva de lo sucedido.

-¿Sabes lo que pasó ayer?

Dejó a un lado la taza humeante de café.

-Sí. Por supuesto.

Se miraron y permanecieron en silencio por un rato. Cedric percibió una especie de magnetismo que le hizo pararse de la silla y avanzar hacia a ella. Helena, tuvo el impulso de salir corriendo pero no pudo. La cercanía de él le hizo temblar suavemente.

-Hay algo en ti que hace que encuentre paz. Desde el primer momento que te vi. No lo puedo explicar.

Ella no pudo decir palabra. Esos labios, esos ojos verdes, el destello rojizo de su cabello, esa fuerza de su cuerpo que emanaba hasta en el hablar. Quedaron frente a frente. Helena se concentró en el deseo de no desfallecer en ese espacio.

Él le acarició el mentón con suavidad y posó sus labios sobre su frente. El corazón casi le estalló. Sonrió hasta que le sostuvo el cuello con ambas manos. El aliento cálido envolvió sus labios. Se besaron suavemente.

La cercanía, los gemidos delicados de ella, la carnosidad de sus labios le

recordaron lo bien que se sentía estar con una mujer. El color moreno de su piel le volvía loco, así como el cabello corto y sus reflejos blancos gracias a las contadas canas que tenía. Posó sus manos sobre la cintura y descubrió su finura. Luego acarició su espalda. Mientras estuvieron así, casi sintió que iba a perderse entre esa carne.

Cuando tuvo el impulso de hacer algo más, inmediatamente se detuvo. Sabía que cualquier desliz podía hacerla correr y no quería eso. Helena, por su parte, sintió que caminaba por las nubes.

-Tengo que hacer algo de mis negocios. Nos vemos en un rato, ¿vale?

-Vale.

La dejó como queriendo quedarse con ella. Mientras caminaba hacia su estudio, no pudo dejar de pensar en la suerte que tenía al estar cerca de alguien como Helena. Aunque sólo pensar su nombre le producía tranquilidad, no podía esconder el hecho que ansiaba devorarla. Era un morbo difícil de explicar.

VIII

Helena estaba impresionada. No podía creer lo que acababa de suceder, por lo que pensó que no era tan mala idea eso de sentarse un momento. Analizó un poco la situación y comprendió que era inevitable negar lo que estaba sucediendo.

La química que sentía no era cuestión unilateral, él también la compartía. Por otro lado, tocó sus labios para cerciorarse que realmente se habían besado. Resultó ser un momento mágico que no esperaba.

Se levantó de repente como si quisiera ir hacia él y decirle algo. Decirle que quería más besos y más caricias. Con el mismo impulso, se hecho hacia atrás. El detalle de que era un hombre lobo todavía resonaba dentro de su cabeza. Sin duda, se trataba de algo extraordinario.

Como no supo qué hacer, salió hacia la playa para sentarse sobre la arena para que se le despejara la mente y el cuerpo de un suceso tan fuerte.

Cedric hundió la cabeza en la pantalla de su computadora. Tecleaba velozmente a medida que recibía correos solicitándole cualquier cantidad de peticiones. Miraba la bolsa de valores, se comunicaba con los socios de las otras empresas y esperaba respuestas para seguir en marcha con lo que solía hacer siempre.

Tuvo un momento de descanso en donde echó su cabeza hacia atrás. Estiró los brazos y observó cómo algunas partes estaban marcadas por rasguños y golpes. Rastros que, además, se veían más intensamente gracias a la palidez de su piel.

Suspiró y pensó en Helena. En la posibilidad de que ella le devolviera un poco de humanidad. Aunque era una buena noticia, también sabía que sería difícil puesto que aún era arriesgado. Fue en ese momento cuando quiso mandar todo al diablo y pensar en que era la mejor opción que tenía.

Además, gracias a ese beso, tuvo la necesidad de ir hacia a ella. Quería ir hacia ella. Deseaba colocar su cuerpo con el suyo y fundirse, arrancarle la piel, hacerla gemir, olvidar los límites de ambas pieles. Retuvo el impulso al volver al trabajo. Tenía demasiado que hacer.

Anocheció rápidamente y Helena terminó vagando por la casa. Todavía tenía la duda de que si tenía que volver a la celda. Entonces subió unas escaleras ya que supuso que allí, en alguna parte, encontraría a Cedric.

Se acercó a una puerta en donde escuchó el sonido del teclado. Por un instante, pensó en entrar violentamente y comunicarse con su madre. Hizo de tripas corazón y tocó.

-¿Cedric? Disculpa que te...

La mano de él giró rápidamente la perilla y ambos se encontraron de frente.

-No quería molestarte. Sólo que tenía la duda de que si era necesario que regresara a la celda. La verdad es que no me gustaría.

-Entiendo. Está bien. Como te dije, te mantuve allí para cuidarte. De todas maneras podemos encontrar una manera en que puedas resguardarte cuando suceda pues... Estas cosas.

-Vale. Gracias.

Quiso voltearse y dejar la conversación hasta allí. Sus pies se lo impidieron. Algo hizo que se quedara en ese sitio. Alzó la mirada y él estaba observándola. Sin pensarlo dos veces, rodeó sus brazos sobre su cuello, se puso de puntillas y fue directo a sus labios. Estaba ansiosa por hacerlo.

Al principio, se besaron con reservas, contenidos; sin embargo, a medida que lo hacían, todo se volvió más fuerte e intenso. Las manos de Cedric bordearon el cuerpo de Helena, acariciándole la cintura, las caderas y espalda.

De vez en cuando sus dedos rozaban la espina hasta la nuca. Este gesto hacía que ella se estremeciera. Sus lenguas, tímidas al inicio, intimaron mucho más. Entre ellas, las mordidas de Cedric, quien estaba ansioso por ir más allá.

Helena estaba en una actitud más dócil y dispuesta, la fuerza de él, esa misma que oprimía el cuerpo de él sobre ella, era como si le hiciera entender que debía doblegarse, que luchar era inútil.

Se separaron por un momento, la mano de Cedric sostenía el mentón de Helena, acariciándolo delicadamente. Todavía era posible ser así, todavía era posible volver a ser un hombre de verdad.

-Ven.

Le tomó la mano y la llevó hacia su habitación, la cual estaba a pocos metros

de allí. Al entrar, ella se encontró con un gran espacio y, además, rodeado de ventanales que daban vista al mar y a la selva de la isla. Las altas palmeras, los arbustos, ese verde que contrastaba con el azul del agua y el rojo del horizonte.

-¿Estás bien? –Dijo ella cuando notó que la noche se aproximaba.

-Contigo sí.

No tuvo tiempo ni de decir ni de ver nada. Sus ojos se ahogaron en las pupilas de Cedric. Al cerrar los ojos, su boca y cuerpo descubrían, al mismo tiempo, los placeres escondidos de estar con un verdadero alfa.

Él inmediatamente le tomó por la cintura, apretándola con firmeza. Poco a poco la llevó hasta la cama. Mientras lo hacía, escuchó atentamente los sonidos que emitían esa boca perfecta. Tan tentadora, tan dulce. Volvió a saborear su lengua, a degustar el aliento cálido que se volvía más intenso gracias a la fuerza de sus caricias.

Comenzó a desvestirla. Ella quiso hacer lo mismo pero inmediatamente la detuvo.

-No. Déjame a mí.

Ella asintió y dejó que Cedric tomara el control de la situación. Sus manos recorrieron velozmente entre las telas de su ropa. En un abrir y cerrar de ojos, ya estaba en bragas. El pudor quiso apoderarse de ella, pero de alguna manera, no fue posible. La confianza que le transmitía él era tan magnética que olvidó detenerse en esos pequeños detalles.

Cedric se detuvo justo en sus caderas. Sostenía lo restante que tenía puesto y luego fijó la mirada en ella, con la intención de provocarla aún más. Al quitarle eso último, un gemido salió de la boca de ella y fue allí cuando finalmente la colocó sobre la cama.

Se echó para atrás y la miró entera. Desnuda. Perfecta. La piel brillando con los últimos rayos del sol, los pechos y sus pezones erectos, las manos sobre la suave superficie y la mirada en él. Sus ojos le suplicaban que la hiciera suya, que no tardara más y lo hiciera.

También procedió a quitarse la ropa con la misma velocidad que le imprimió a ella. A medida que lo hacía, su torso, piernas, brazos y hombros quedaban al descubierto. Su altura pareció acentuarse por lo que, al final, lucía como un

ser de otro mundo. La blanca piel tenía los relieves y cicatrices de batallas y pelias de todo tipo. Incluso, en algunas partes, podían verse los moretones y golpes de la noche anterior.

Los arañazos de sus antebrazos y las venas que los enmarcaban. Su pene, por otra parte, estaba completamente erecto y duro. El glande rosáceo estaba húmedo y palpitante. Ella concluyó al verlo desnudo, que se trataba de un hombre apuesto, seguro pero que también tenía un gran nivel de vulnerabilidad.

Fue a encontrarse con ella. Sus brazos se apoyaron sobre la cama mientras que su boca parecía buscar la de Helena con desesperación. Al unirse con ella, volvieron a experimentar esa electricidad que parecían compartir desde el momento en que se vieron.

Los dedos de Cedric descendieron hasta las profundidades del calor que emanaba el coño de Helena. Ella, en su excitación, gimió un poco más fuerte. Lo hizo con más intensidad cuando él se decidió a explorarla con decisión. Acarició primero sus labios gruesos, tanteó la humedad divina y luego se concentró en el punto de carne que era su clítoris. Lo masajeó un rato, lo suficiente para escuchar casi de inmediato unos sonidos incompresibles pero que denotaban placer.

Siguió acariciándola hasta que lo hizo con más contundencia. Él juntó más su rostro con el de ella pero sin dejar de mirarla. En ese punto, adoraba saber que era el causante de esos movimientos violentos, de la súplica que comunicaba sus ojos negros.

De repente, tomó dos dedos y los llevó hacia adentro. Comenzó a penetrarla así mientras que con la mano que le quedaba libre, apretó su cuello. Le gustó la idea de poder jugar con su respiración al mismo tiempo que la masturbaba.

Siguió así hasta que la propia ansiedad de su cuerpo le hizo parar. Estaba desesperado por adentrarse en ella así que abrió sus piernas con sus brazos e introdujo su pene. Se tomó su tiempo para hacerlo lento. Al tenerlo casi adentro por completo, dio un último empujón.

La presión que sintió por la estrechez de ese coño así como el calor y la humedad de sus fluidos que terminaron por mojarlo por completo, casi le hizo convertirse en un animal. En ese estado, estaba a pocos pasos de convertirse en el lobo que era.

En ese momento, el umbral de su concentración se interrumpió al escuchar los gritos de Helena. Además, sintió el roce de sus manos con las suyas. Sintió las uñas enterrándose en su piel, así que volvió en sí.

La pelvis de Cedric tuvo un movimiento fuerte y constante. Incluso era posible escuchar los golpes producto de sus embestidas. Iban tan rápido que ella entornó los ojos hasta ponerlos en blanco. Era como estar en otro mundo.

-Eres mía. Eres sólo mía.

Logró decir en medio de los gemidos y gruñidos. Lo dijo desde su sinceridad y no sólo porque la estaba follando, sino porque así lo sintió desde el momento en el que ella logró dominar a su bestia.

-Sí. Sí lo soy.

Siguió follándola con fuerza, con brusquedad. Adoraba sentir el calor y las convulsiones de ella cuando lo hacía. Buscaba penetrarla aún más, quería romperle la piel, destrozarla.

Cambió de posición rápidamente. Hizo que se colocara en cuatro, de manera que así pudo ver la hermosa humanidad de su coño abierto. Esos labios gruesos, húmedos que clamaban por él. Le dio unas cuantas nalgadas mientras que mordía más piel de ella. La carnosidad de su cuerpo curvilíneo le llevaba al descontrol.

La masturbó un poco antes de volver a penetrarla. Al hacerlo, ese calor lo envolvió por completo e hizo que se reconectara como licántropo. Entonces, el dolor de la transformación se conjugó con la excitación y la lujuria que sentía en ese momento.

Su espalda se arqueó, sus manos cambiaron para convertirse en híbridos de garras, las uñas le crecieron y los ojos cambiaron a un rojo intenso, casi sanguíneo. De resto, mantuvo la misma imagen de humano.

Aunque tuvo el temor de completar su transformación, fue un hecho de que la presencia y el intercambio que tuvo con Helena, era aquello que lo impidió. Así pues que aprovechó ese rasgo de sí mismo para penetrarla más intensamente, para sostenerse con más determinación de sus caderas y de sus nalgas. Incluso llegó a pensar que faltaba poco por romperle la piel.

Sí... Romperle la piel. No era tan mala idea después de todo, así que procedió a rasguñar la espalda. Las uñas estaban tan filosas, que sólo el roce de las

mismas fue suficiente como para brotar sangre. Helena, en medio de las profundidades de la excitación, comenzó a gritar desesperada. El estímulo doloroso, sin embargo, fue un buen maridaje con lo que experimentaba en el momento, por lo que fue algo simplemente increíble.

Hizo lo que quiso sobre ella. Hizo que fuera hacia los límites de lo que conocía para sacarla fuera de su zona de confort. Deseaba que se desprendiera de lo sabía para que conociera una nueva forma de sentir.

Aunque esa posición le resultaba placentera, quiso encontrarse con su mirada otra vez. Cambió de nuevo e hizo que quedara como al principio. Al verlo, Helena se sobresaltó un poco pero en la mirada de él no había maldad ni rabia, era una combinación que no pudo definir.

Entonces, acarició el mentón de él y lo besó. Cedric parecía reconectarse con ella. La iris roja debido a su transformación, cambió un poco más al verde habitual. Ella lo salvaba de caer de nuevo.

Se mantuvo dentro de ella tanto como pudo. Cada tanto, la cabeza de Helena ladeaba de un lado a otro, sus gemidos se intensificaban o disminuían, ella estaba en un vaivén que de sensaciones y emociones.

Al caer la noche, en ese momento crítico en donde era posible que se volviera en esa bestia que tan calada estaba en su piel, pasó sin problemas. Siguió sobre la cama, en la oscuridad y entre el deseo que emanaba de los dos.

Helena, quien suspendió los placeres de la carne, sintió que estaba a punto de correrse en cualquier momento. Sostuvo la mirada en Cedric porque las palabras no podían salir de su boca. Él avanzó hasta su oído para hablarle.

-Un poco más, sólo un poco más.

-Siento que... Siento que no puedo.

Justo en ese momento la embistió con profundidad y ese movimiento hizo que ella gimiera con un poco de más fuerza.

-Te he dicho que aguantes un poco más.

Ella se aferró a sus brazos y manos como si la vida se fuera en ello. Incluso era posible ver las venas brotadas por el esfuerzo que hacía. Cedric, mientras tanto, empujaba cada vez más hasta que notó el temblor de las piernas de ella entre las suyas. Le divertía jugar con los estímulos al mismo tiempo que la

forzaba a tener consciencia de ellos al controlarlos.

-Córrete para mí.

Exclamó un fuerte gemido, casi gutural y ella se derrumbó entre sus brazos en pocos minutos. Sus ojos se cerraron mientras mordía el labio inferior. El esfuerzo con que tanto se aferró, la dejó agotada sobre la cama. En vista de todo lo que pasó en cuestión de segundos, él también lo hizo. Encontró increíblemente placentero la forma en que lo hizo.

Extrajo su pene justo antes del momento de explotar. El semen cayó descontroladamente por las piernas, torso y hasta rostro de ella. El calor de sus fluidos le hizo abrir los ojos a pesar de estar un poco atontada. El pecho de Cedric estaba tan agitado, que ella trató de tomarlo para que se acostara. El gesto hizo que él lo hiciera sobre ella. Su cabeza descansó sobre ese regazo dulce y se quedó quieto por un rato.

Las manos de Helena acariciaban su cabello con suavidad. Gracias a la tranquilidad que regresaba a su cuerpo, pudo regresar a su estado original. Cedric levantó la vista y la encontró casi dormida.

-¿Estás bien?

-Sí.

Se besaron y él se acomodó junto a ella. Permanecieron juntos así por un rato.

Las ganas y ansias de Cedric no cesarían con un sólo polvo, por lo tanto, se giró para ver a Helena. Ella todavía dormía. Aunque estaba desesperado por poseerla otra vez, la miró tan apacible que quiso mantener en su memoria esa imagen por más tiempo. Luego de encontrarse satisfecho, acarició el muslo que se encontraba junto a él. Lo hizo un par de veces hasta que se subió por las caderas hasta la cintura.

Buscó entre su piel uno de sus pechos para acariciarlo. Apretó un poco y pellizó el pezón levemente, justo allí, ella abrió los ojos al mismo tiempo que exclamaba un gemido. Se acomodó mejor y vio la boca de su amante que fue directo a sus senos. Sus manos los apretaba, su lengua los lamía. Los gruñidos de él volvieron a hacer eco en la habitación.

No faltó demasiado para que ella se excitara. Él, por otro lado, estaba tan duro que tuvo que reprimir las ganas de follarla de una vez. Antes de eso, deseó probar sus fluidos, así que bajó poco a poco por su cuerpo hasta encontrarse

con su coño. Acarició el clítoris y sintió los retorcionones de ella. Esperó un poco más para que se humedeciera lo suficiente y hasta allí.

Al encontrarse entre sus piernas, no podía creer lo perfecto que era ese lugar. Sus labios estaban húmedos y su clítoris enrojecido debido a las caricias hacía momentos antes. Su aliento envolvió las partes de ella, haciéndola desfallecer un poco más. Con la punta de la lengua, acarició cada espacio que sus ojos pudieron ver. Incluso se mantuvo un rato entre la carnosidad de su coño. Seguidamente, fue a parar a su clítoris.

Succionó y lamió hasta que, al apartarse, pudo ver el rojo intenso de esa parte. Cerró los ojos mientras se alimentaba de ella, cerró los ojos para conectarse con el deseo que le despertaba entre las entrañas. Así que siguió allí, en ese lugar hermoso y delicioso hasta que su cuello y lengua no pudieron más.

A pesar de ello, quiso seguir comiéndola. Así que hizo que su coño se acomodara sobre sus labios. Al final, Helena estaba sentada sobre su cara con una expresión de sorpresa porque era la primera vez que le pasaba algo así.

Sin embargo, no tuvo tiempo para pensar ya que ahí mismo sintió el roce de su lengua dentro de ella. Trató de sostenerse de algo porque tuvo la sensación de que iba a perder el equilibrio en cualquier momento. Como no encontró nada cercano, tomó sus manos y sostuvo sus pechos con fuerza, pellizcándolos y agarrándolos con firmeza.

Cedric casi pudo sentir que podía quedarse allí por tiempo indefinido. Estaba en una posición cómoda y por si fuera poco comía de la mujer que tanto deseaba. Era una la combinación perfecta.

Como había pasado demasiado tiempo sin estar con alguien, hubo momentos en donde parecía indeciso. No por inexperiencia sino por la indecisión de escoger el lugar para satisfacerse. Era difícil encontrar un punto cuando todo su cuerpo era la perfección.

Sostuvo su torso las veces en las que sentía que ella perdía el control de sí misma. Sus manos apretaron fuertemente su piel. En poco tiempo, sintió las convulsiones propias de la excitación. Así que succionó con un poco más de fuerza hasta que finalmente, justo antes de que ella se corriera, hizo que se levantara, le tomó el cuello y la llevó hasta la pared. Comenzó a darle unas nalgadas tan fuertes que hubo un momento en el que tuvo que controlar.

Con las manos extendidas y las piernas en la misma posición, Helena recibía las nalgadas más deliciosas de la vida. No sólo eran los impactos, sino también los agarrones que Cedric le hacía. Sostenía su piel con tal brío que era posible sentir que faltaba poco para que él la destrozara por completo. En esos instantes, él se echaba para atrás y retomaba la faena.

Después de un rato, él le colocó la mano sobre su cuello, apretándolo. La otra extremidad quedó libre para seguir con las nalgadas. Cada impacto lo acercaba a su ser dominante y controlador. Era un estímulo que lo hacía sentir vivo, como una droga que no podía dejar de consumir.

En ese momento, Helena nunca creyó que pudiera ser posible acercarse al orgasmo de esa manera. Gracias al control de su respiración así como los impactos que recibía en su culo, eran estímulos que no se había permitido hasta entonces.

Comenzó a suplicar, a pedirle, a decirle que parara porque ya no podía más. Cedric, en el estado álgido de su excitación, ignoró estas palabras por lo que continuó.

Hubo un momento en el que se echó para atrás a mirar la belleza de las marcas que habían quedado en su piel. Los rasguños y las formas de sus palmas estampadas en ella. El brillo de su tonalidad que contrastaba con la intensidad del rojo de esos patrones, era un deleite para sus ojos.

Como estaba cerca de correrse, se permitió masturbarse sobre ella. Entonces, colocó su pene entre sus nalgas y comenzó a moverse como pretendiendo que la iba a penetrar el cualquier momento. Aunque no fue así, los dos experimentaron una sensación tan increíble que parecía fuera de este mundo.

Así pues, Cedric tomó los brazos de Helena para privarle de movimiento. Al hacerlo, tuvo más impulso con los roces así que estaba seguro que en cualquier momento estaría cerca de llegar al orgasmo.

Ella se aferraba a él mientras disfrutaba del calor de su pene y de esa tortura sin penetración. Así pues que Cedric hizo unos cuantos gruñidos cuando finalmente se corrió entre las nalgas de ella. Los grandes chorros de semen quedaron enmarcaron la belleza de ese culo redondo y protuberante. Al alejarse de ella, algunas gotas cayeron al suelo.

Él, al mirar ese espectáculo, tomó un poco de sus fluidos con sus dedos, acercándoselos a ella para que los lamiera. La lengua suave y delicada de

Helena, saboreó lo que su amante le ofreció entre los jadeos y gemidos.

Después de limpiarse y de tomar un poco de aire, los dos terminaron acostados en la cama. La intensidad del acto les hizo olvidar el entorno e, incluso, la hora. Ella mantuvo un rato los ojos abiertos mientras Cedric descansaba en sus pechos. No podía creer que tuviera sexo con un tío tan extraordinario como él. Parecía una historia sacada de una película. La idea le siguió dando vueltas hasta que por fin se quedó dormida.

La suave respiración de ella, el movimiento armónico de su pecho así como el calor de su piel, era un conjunto que le brindaba un espacio para sentirse seguro. Durante los años de cargados de vaivenes, muerte y soledad, nunca se vio a sí mismo de esa manera. Acompañado de alguien que le generaba emociones tan positivas.

Aun así, aún en la tranquilidad de ese momento, vino a su mente algo que no podía obviar. Era el hecho de que ella, tarde o temprano, tendría que irse de allí. También recordó la súplica de unos días sobre comunicarse con su madre. Tenía que compensarla de alguna manera.

IX

El hambre no dejó que Helena durmiera más. De hecho, se levantó apretándose el estómago porque creía que iba a desmayarse si no comía algo. Al enfocar la vista, se encontró rodeada de los mismos ventanales que recordaba de la noche anterior. Estaba en la habitación de Cedric.

Ahora podía dedicarse un poco a mirar mejor el mundo de él. Se sorprendió de no encontrar nada extravagante, más bien el lugar era austero en cuanto a muebles y accesorios. Sólo la cama, un par de mesas a los lados, el clóset de madera y el baño que estaba a pocos metros de allí. Era un hombre, aparentemente, con gustos modestos.

Así pues que se levantó de la cama y fue hacia el cuarto de baño. Tenía una toalla sobre la mesa del lavabo y otra muda de ropa. Sonrió porque le pareció curioso que él supiera exactamente las medidas de su cuerpo.

Luego de un largo baño, fue hacia la cocina para comer algo. Al bajar, esperó encontrarlo allí pero sólo estaba el silencio del lugar. El cual, además, sólo estaba acompañado por el ruido de las olas a lo lejos.

Abrió el refrigerador y sacó unas cuantas frutas tropicales frescas y unas rebanadas de pan y queso. Se sentó en la soledad mientras pensaba en la aventura que se encontraba. Al estar completamente relajada, sintió unos cuantos dolores en su cuerpo, puntualmente en su espalda, piernas y nalgas.

Por supuesto, eso tenía que ver con la noche anterior. Recordó el momento en el que él casi se transformó pero que por alguna manera, no fue así. Recordó lo increíble que fue el conectarse con alguien, sensación que le pareció extraordinaria porque pensaba que se trataba de una ficción, de una mentira de la gente. Resultó que no.

Aunque era innegable que estaba contenta por ello, también le afligía el no saber de su madre. Habían pasado varios días desde el accidente y deseaba con todas sus fuerzas poder decirle que estaba bien. La idea comenzó a ganar fuerza dentro de su cabeza, así que tendría que pedirle a Cedric que se lo permitiese... De lo contrario, ella buscaría la forma de hacerlo aunque eso representara lo peor.

Terminó de comer y de limpiar, así que se levantó para terminar de acomodar

la cocina. Después de eso, el plan consistió en buscar a Cedric o al menos un lugar en donde pudiera comunicarse con su madre. Recordó el estudio.

Subió rápidamente las escaleras y observó las puertas que tenía frente a ella. Reconoció una que le resultó familiar. Se acercó lentamente y tocó con cierta debilidad. Esperó unos segundos y no obtuvo respuesta. Volvió a tocar. Al no escuchar nada, giró la perilla y se encontró con una especie de sala de control.

En la habitación había un par de grandes escritorios. En uno estaba una pila de papales, una computadora y un pequeño monitor. La otra, estaba frente una pared repleta de pantallas. Incluso había un intercomunicador.

El espacio era amplio pero tuvo que mermar su curiosidad porque debía buscar lo puntual. Algo que le permitiese enviar una señal de que estaba viva y bien.

Se sentó en la silla en donde se encontraba el primer escritorio y buscó el mouse. Por suerte, la computadora estaba encendida y sin bloquear. Buscó abrir una ventana incógnita en el buscador, y colocó la dirección de su correo electrónico.

Tuvo que esperar un momento para escribir un mensaje porque la bandeja de entrada estaba tan repleta que casi había colapsado el sistema. Dio un vistazo de lo que se encontraba allí. Ignoró los mensajes que estaban allí y abrió la opción de enviar un correo. Colocó la dirección de su madre y elaboró unas frases sencillas.

“Mamá, soy yo, realmente soy yo. A pesar del accidente, estoy viva y estoy bien. No te preocupes por mí, por favor. Espero volver pronto a casa. Te ama, H”.

Quiso explicarle más, quiso contarle todo lo que había sucedido con lujos de detalles pero sabía que sería incomprensible para ella. Envío la información con el corazón latiéndole a mil por hora, era como si presintiera que Cedric estuviera a punto de entrar de un portazo.

Al enviarse el mensaje, cerró sesión y trató de dejar todo como estaba. Salió de la habitación en puntillas y se alejó tan rápido como pudo de allí. Cuando sintió que todo estaba bajo control, miró hacia adelante. Él tenía una expresión seria.

-¿En dónde estabas?

-Me perdí. Apenas me desperté, tomé un baño y fui a comer. Me pareció raro no verte y traté de buscarte pero esta casa es inmensa. Ya iba de regreso a la sala para tomar un poco de aire afuera.

Él no pareció muy convencido al respecto. Ella trató de sonar un poco más natural.

-¿En dónde estabas?

-Arreglando algunas cosas.

Los sentidos agudos de Cedric le dejaron en claro que algo había sucedido. Sin embargo, tenía una preocupación más inmediata. Según el calendario, la fase de luna llena había pasado, las noches posteriores igual serían un riesgo para él. No sabía hasta qué punto pero era así.

-Ven. Quiero mostrarte algo.

Bajaron hacia la mazmorra. Helena encontró inverosímil que ese mismo pasillo había sido su prisión en un pasado. Caminaron de largo por el par de celdas que se encontraban allí y fueron al sector más alejado de la casa. Era una mazmorra más grande y más oscura. De hecho, él tuvo que encender un par de luces para que pudieran ver por dónde caminaban.

-Aquí es donde solía recluirme. Como habrás visto. Si venía para aquí, aumentaba el riesgo de hacerte daño puesto que no que no hay mucha distancia de las celdas y este lugar.

Helena se quedó impresionada. Observó las cadenas incrustadas en la piedra húmeda. Tanto en la parte superior como inferior.

-Son para mis manos y pies. Quise hacer una que llegara hasta mi torso pero es cosa imposible cuando estoy en proceso de transformación. Necesitaría la ayuda de otra persona y eso sería demasiado riesgoso.

-¿Estabas ajustando esto?

-Sí. Estuve analizando mis cambios en las últimas veces y parece que también soy propenso hacia otras fases lunares. No sé cuál o cuáles pero sí, es casi un hecho.

De inmediato cobró una expresión de genuina preocupación.

-Estoy cansado de esto. Físicamente es agotador y mentalmente también. Mis empresas necesitan de alguien que se mantenga con energía y concentrado y

esto, indudablemente, es un factor que pone en peligro toda la situación.

-¿Cuándo crees que te transformarás?

-Probablemente esta noche.

-Vaya. Es muy corto tiempo.

-Sí. Por eso tuve que afinar algunos detalles. Quizás es mejor que permanezca por aquí por si sucede algo.

-Déjame quedarme contigo.

-No. Es imposible.

-Por favor.

Ella quiso insistir hasta que Cedric recibió una notificación de su asistente y mayordomo. Era una comunicación urgente.

-Debo ausentarme por un momento.

-Vale.

Mientras subía hasta su estudio, Cedric pensó que las cosas no podrían ponerse peor. Fue la primera vez que recibió un mensaje de esa manera. Llegó casi sofocado al estudio y preparó la videollamada.

-¿Qué ha pasado, Luís?

-Señor, debido a que algunos escombros producto del accidente de avión, cayeron sobre la isla, las autoridades comenzarán una investigación al respecto. Desean buscar sobrevivientes aunque han encontrado todos los cuerpos.

La noticia le cayó como un balde de agua fría. Por unos segundos se mantuvo incrédulo pero reaccionó rápido para seguir preguntando.

-¿Crees que pisarán tierra?

-No, por los momentos. De igual manera, saben que primero deben comunicarse con usted para ello.

-Vale. ¿Algo más?

-Eso es todo, señor.

-Bien, muchas gracias, Luís.

La transmisión terminó y la cabeza de Cedric daba vueltas. Era la peor noticia que había recibido en mucho tiempo. Trató de consolarse al pensar que cabía la posibilidad que se limitaran al agua y no a la isla. Quería aferrarse ante esa idea.

Cuando se dispuso a levantarse, notó que algo no estaba bien. La silla de su otro escritorio, estaba en una posición que no recordaba haberla dejado. Dejó ese detalle atrás porque era restarle tiempo a las cosas verdaderamente importantes. Así que salió para ir hacia la mazmorra. El tiempo apremiaba.

El horizonte se tiñó de un naranja intenso a medida que el sol caía. Las aves en el cielo y el sonido de las olas en la orilla, era la imagen de ensueño. Sin embargo, en las profundidades de la casa, en la mazmorra más oscura y húmeda del lugar, Cedric estaba comenzando a prepararse para lo que vendría.

Con el tiempo, sabía que iba a sufrir una transformación porque su propio cuerpo se lo hacía entender. Las vértebras le sonaban, la piel se le estiraba en algunas partes, las uñas le ardían como si tuviera un hierro caliente debajo de ellas. También solía transpirar y estar más irritable que de costumbre. Mientras preparaba las cadenas, Helena, desde el otro extremo, lo observaba en silencio.

-Deberías irte.

-No. Aquí me quedo.

Esa insistencia de ella contribuía más a su malestar.

-Por favor, Helena. Que es arriesgado para ti, eh.

-No.

En vista de esa respuesta, no le dijo más. No le comentó la posibilidad de unos extraños a la isla que se sentían más próximos de lo que hubiera querido. Frunció el entrecejo mientras ese hilo de pensamientos cargaba sus neuronas.

Miró el reloj y se dio cuenta que la transformación empezaría dentro de poco. Helena, en silencio, seguía mirándolo.

-Vete.

-No.

-JODER, HELENA, ¿ES QUE NO VES QUE PODRÍA MATARTE? ¿ACASO NO ENTIENDES EL PELIGRO QUE REPRESENTA TODO ESTO? ¿HASTA

CUÁNDO TE LO TENGO QUE REPETIR?

Los gritos dejaron entrever que ya era demasiado tarde para más advertencias. El dolor punzante, agudo en la espalda que también se repartía por todo el cuerpo, le causaba convulsiones de desesperación.

Su piel blanca se volvió más oscura gracias al vello que comenzaba a cubrir su cuerpo. Las garras, las piernas que se retorcían. Fue todo tan violento que apenas tuvo tiempo para encadenarse los brazos. Una pierna quedó libre mientras que la otra también quedó prisionera por el metal.

Ella se echó para atrás asustada. A pesar que ya lo había visto como hombre lobo, nunca pensó que sería capaz de ver semejante cambio. Temió tanto por él que hubo un punto en que olvidó por completo las advertencias y su propio terror.

Se acercó a él mientras la bestia emanaba toda la ira y fuerza posible. Jalaba las cadenas como haciendo el esfuerzo de romperlas para así, abalanzarse sobre su presa.

La fuerza que imprimieron sus brazos en esos violentos movimientos, no fueron suficientes para que Helena retrocediera. Estaba determinada seguir. Dio unos pasos más hacia adelante. Casi pudo sentir el aliento de la bestia sobre su cabeza.

Cedric, o lo que quedaba de él, mostraba los dientes con agresividad. Sí. Estaba dispuesto a liberarse. Sin embargo, le frenaba el hecho de que el metal de las cadenas que no retenían, tenía una aleación con plata.

Siguió retorciéndose como el animal que era en ese momento hasta que sintió el calor de la mano de Helena sobre su frente. Ella le transmitió toda la paz que podía así que la bestia, por más intentos que hiciera, no podía frenar la sensación de bienestar que le producía aquello.

Rugió, mostró más los dientes, gritó, aulló. Nada fue suficiente para que retrocediera. En el punto más álgido de la luna, aunque su luz no podía iluminar el oscuro lugar, Cedric sentía que estaba muy cerca de entregarse por completo al lobo.

-Quédate aquí. Quédate conmigo.

Comenzó a decir Helena.

-Quédate, Cedric. Sé que estás allí. Quédate conmigo.

Dejó de hacer ruidos. El tono suave y lento de su voz, lo calmó casi por completo.

-Así... Así es.

Ella se colocó peligrosamente cerca. Él, al darse cuenta de ello, trató de alejarse aunque no podía por estar inmovilizado.

-Está bien. Está bien.

Lo acarició un par de veces más hasta que encontraron en la mirada. Ya no tenía los ojos rojos, ahora era un verde claro. Era como ver dos luceros en el cielo.

Poco a poco, el cuerpo grotesco de Cedric cambió de forma, aunque manteniendo la imponente musculatura y altura. Estaba más calmado, incluso sumido. Helena, mantuvo su mano allí y esperó a que su rostro retomara el aspecto de siempre. Cedric respiraba agitadamente, como si le faltara el aire.

-¿Cómo te sientes?

-Un poco mejor. –Le dijo al mirarla-.

No pudo evitarlo más. Le tomó el rostro con ambas manos y lo besó. A pesar de la sorpresa del gesto, Cedric le correspondió con más fuerza e intensidad.

Helena se echó para atrás y pensó en quitarle las cadenas pero tuvo una mejor idea. Así que continuó besándolo hasta que llevó su mano la entrepierna de él. Acarició suavemente hasta que lo sintió duro.

Siguió haciéndolo hasta que bajó el cierre para sacárselo. No tuvo muchos problemas ya que sus pantalones estaban hechos jirones y, además, no tenía una camiseta. Rozó sus labios sobre sus perfectos abdominales y muslos.

Se agachó lentamente hasta que quedó a la altura de su pene. Lo miró con deseo, con lujuria. Una como nunca había sentido antes. Entonces, con una mano comenzó a masturbarlo. Enseguida escuchó el tintineo de las cadenas que se movían al ritmo de ese cuerpo excitado.

Poco después, procedió a chuparlo. Primero lo hizo con el glande. Se concentró un rato allí, luego se lo introdujo en su boca por completo hasta no dejar ningún espacio sin mojar con su saliva. Lo dejó allí por un momento hasta que se lo sacó. Volvió a introducirse y así hizo por varias veces más.

Él, desde su inmovilización, disfrutaba ser objeto de ella. Disfrutaba verla devorarlo con gusto, con placer. Se excitaba cada vez más con aquellos hilos de saliva que caían sobre sus pechos, con la carnosidad de su boca que enmarcaba su grueso y venoso pene, con los ojos negros concentrados en los suyos.

Siguió lamiendo y chupando con una maestría que lo dejó sorprendido. Mientras lo hacía, también comenzó a acariciar sus testículos suavemente. Ante esto, Cedric no pudo escapar un gemido de placer.

Estando allí, Helena le quitó la cadena que sostenía uno de sus tobillos. Inmediatamente, observó que lo movía como si esperara que hiciera lo mismo con las extremidades faltantes.

-Todavía no. –Sonrió de manera pícaro.

Así que se levantó y dio unos cuantos pasos para atrás. Con lentitud, comenzó a quitarse la ropa. Primero la camiseta blanca, luego los jeans oscuros que mostraban tan bien esas curvas divinas, después las zapatillas. Quedó en bragas y en sostén. Fue hacia a él y rozó su cuerpo con el de él. Enseguida, Cedric se mostró ansioso por ella.

Colocó sus nalgas sobre su pene, imitando el mismo movimiento que él había hecho antes de correrse entre ellas. Esto lo enloqueció aún más. Pensó que esa mujer lo llevaba a lugares inexplorados del placer. Quería más y más de ella. Así que volvió a jalar las cadenas, estaba decidido a tomarla a como diera lugar.

En ese momento, se escuchó el sonido de las piedras rompiéndose. Sin embargo, ella lo obvió pensando que se trataba de un problema menor. Siguió rozando su cuerpo, provocando a su hombre hasta que por fin un ruido más fuerte la sorprendió. Cedric había logrado romper las cadenas.

Ella se apresuró en quitárselas previendo que el metal le hiciera más daño. Observó sus muñecas quemadas por el roce. El resto de sus brazos estaban enrojecidos por el esfuerzo.

Él se acercó a ella con paso lento, intimidante. Sus pies desnudos desafiaban el frío del suelo de esa mazmorra, sus manos, casi ensangrentadas, estaban ansiosas por tocar la piel desnuda que se le presentaba ante los ojos.

Con un movimiento rápido, fue hacia a ella y le arrancó lo poco que le

quedaba. Observó sus pechos pequeños, las caderas, la piel brillante y el coño. Ella inesperadamente se giró con la intención de que él la siguiera. Le dio un último vistazo antes de salir de allí.

Tan excitado como estaba, fue hacia ella, buscándola. Vio una ráfaga de piel y puso en práctica sus habilidades para dar con Helena sin que anticipara. Entonces, tomó un atajo que le permitió llegar antes. Ella se topó con él de frente, quedando sin escapatoria.

-Eres mía.

-Sí. Lo sé.

Fue hacia a ella y volvieron a besarse con descontrol. La sostuvo hasta que la alzó con sus brazos y la cargó. Helena se quedó impresionada por la fuerza de su cuerpo. Cosa que, además, también le excitaba mucho.

La colocó sobre la pared, apoyándola. Ella abrazó el torso con sus piernas para no caerse y mantener el equilibrio. Se miraron por un instante antes de él la penetrara desde esa posición. Se besaron, mordieron sus labios y Helena sintió el calor de su pene dentro de ella.

A diferencia de otras veces, Cedric dejó la delicadeza de lado. Así que la embistió con intensidad. Tanto así, que su pelvis chocaba con la de ella, haciéndola gritar más de la cuenta.

Quiso agarrarla por el cuello, así que se afincó un poco más y lo hizo. De esta manera, también garantizaba que la mirada se mantuviera. Así que pudo observar los microgestos que hacía cuando él iba más adentro, la forma en la que abría un poco la boca para dejar salir los deliciosos gemidos, sus dientes blancos, la gota de sudor que le bajaba por la sien. Fotografiaba esas imágenes en su mente.

Pensó de nuevo en las cadenas que se encontraban en la mazmorra. Aunque había roto la de los brazos, todavía estaban disponibles las que iban en los pies. Así que la tomó de nuevo y la llevó al lugar. Hizo que se acomodara en el frío suelo y le colocó las cadenas con rapidez.

Quedó en cuatro cuando terminó. Se sintió tentado por destrozar su delicioso coño que emergía entre sus protuberantes nalgas. Rescató un trozo de cuero del cinto que tenía puesto y comenzó a darle azotes.

Algunas marcas se imprimieron sobre su espalda y culo. Ella no paraba de

gemir. Cedric fue un poco más allá al atarle el cinto sobre el cuello. Haló un poco hacia él y ejerció presión. Al escucharla excitada, le dio una nalgada y no esperó demasiado en penetrarla con fuerza.

Gracias a la velocidad de la penetración, el pene entraba y salía con gran impulso. Con una mano, él la sostenía por el cuello y con la que quedaba libre, le daba más nalgadas y agarrones. Deseaba tanto hacerla enloquecer, que iba más rápido, más violento. Era un macho alfa y ella, su presa.

No permanecieron demasiado tiempo en esa misma posición puesto que Cedric sintió la necesidad de probar algo más. Helena quedó completamente tendida, aun dándole la espalda. Cedric se masturbó un poco antes de volver a penetrarla. Al hacerlo, gracias a esa postura, sintió más presión en el coño de Helena. Sí, era una sensación increíblemente deliciosa.

Apoyó sus manos sobre el suelo y continuó con las embestidas tanto como su cuerpo se lo permitió. Colocó su cabeza sobre la espalda de ella y miró las marcas de sus rasguños. Las lamió con suavidad y pudo ver cómo Helena se estremecía. Siguió penetrándola hasta que, finalmente, sacó su pene para que explotara sobre ella. El chorro de semen salió eyectado con fuerza para abarcar la espalda y culo de Helena. Al terminar, le dio un par de nalgadas.

Aunque se sentía agotado, sabía que ella merecía también el orgasmo. Así que hizo que se levantara y que se sentara sobre su boca.

-¿Estás seguro? No quiero hacerte daño.

-No lo harás. Ven.

Ella se trató de acomodar como pudo. Se colocó de rodillas sobre la boca de Cedric y en seguida sintió esa lengua que la penetraba. Sus manos se colocaron sobre los muslos, sosteniéndose de ellos.

Él, con sus dientes, mordió un poco su clítoris hasta sentir el temblor del cuerpo de Helena.

-Bien –Pensó para sí.

Succionó ese punto de placer carnoso con fuerza hasta que ella comenzó a gritar. Las cadenas le impedían moverse demasiado por lo que eso se sumaba a la desesperación que sentía en ese momento.

Ella mordió sus labios y miraba cómo él la devoraba. Trató de callarse por un

momento para escuchar los ruidos que hacía mientras se la comía. Era una sinfonía increíble.

Echó su cabeza para atrás, al mismo tiempo que sus caderas se meneaban al son de las lamidas de su amante. Era delicioso aquello. Más que eso, incluso.

Siguió chupando con fuerza hasta que finalmente sintió cómo los fluidos de Helena empaparon parte de su rostro. Lamió más, un poco más hasta que los muslos convulsionaban por el placer. Estaba más allá del éxtasis.

Así pues que exclamó un último grito y cayó a un lado. Por suerte, Cedric pudo sostenerla con rapidez para que no se hiciera daño. Luego de acomodarse, los dos permanecieron acostados allí por un largo rato.

Después de dormir, él se incorporó para quitarle las cadenas y llevarla hacia la habitación. Helena todavía estaba un poco fuera de sí, por lo que aprovechó para cargarla. Ella estaba acurrucada en su regazo mientras que él caminaba con paso firme por la casa.

El cielo de la noche estaba despejado. Las pocas nubes tapaban la luna. Por primera vez, él no se sintió preocupado ni angustiado. Ella era su especie de amuleto que lo protegía de esas transformaciones violentas.

Entraron a la habitación y la dejó en el suelo. La llevó suavemente hasta el baño para que se ducharan juntos. Abrió las llaves de agua. Él la enjabonó con cuidado, casi con devoción. Al hacerlo, también aprovechaba para acariciar su piel, para hacerle entender que estaría allí para cuidarla y protegerla. Compartieron besos y abrazos. Quedaron envueltos en una intimidad mágica, única.

Al salir, hizo lo propio. La secó y la llevó a la cama. Helena ansiaba descansar un poco y él también. Así que se reunió con ella. Aunque tenía sueño, Cedric no paraba de pensar en la amenaza que se le venía encima y menos en el presentimiento que se le hacía cada vez más real. ¿Era posible que ella lograra comunicarse con el mundo exterior? En el peor de los casos, él tendría que hacer lo posible por huir y esconderse por un tiempo. Pero, ¿y ella? No quería sentirse confundido. Odiaba la preocupación.

En ese momento, sintió la mano de ella que se apoyaba sobre su pecho. Sí. Pensaría en ello la próxima vez.

X

La madre de Helena casi sufrió un infarto después de leer las impactantes palabras de su hija. No lo pudo creer en un primer momento por lo que luego relejó el mensaje. “Soy yo, estoy viva y bien”.

La oración le retumbó en la cabeza y una ola de esperanza albergó su corazón. Recordó el dolor abrasador que tuvo cuando se enteró que su hija se encontraba en ese horrible accidente de avión. No podía imaginar la angustia que sufrió ella. No podía imaginar seguir la vida sin ella.

Así que este mensaje le regresó la vida al cuerpo. Después de leerlo varias veces, después de internalizar que no se trataba de una broma pesada, llamó a la policía.

-Sí, sí. Le he dicho que he recibido un mensaje de ella. No lo sé, pero se lo puedo mostrar. No miento. Es mi hija, ¡mi hija está viva!

La mujer fue corriendo hacia la estación de policía en donde examinaron el mensaje. Efectivamente el remitente era Helena y la fuente era su dirección del correo electrónico.

-¿Creen que podrán localizarla?

-No estamos seguros. Dependerá si la red de donde envió el mensaje está protegida o no. De no estarlo, es seguro que encontraremos el origen y las coordenadas.

Hacía pocos días, las autoridades habían informado que encontraron, milagrosamente, todos los cuerpos del siniestro salvo por uno, el de Helena. La hipótesis que manejaban hasta ese momento, era que podría haberse perdido por las corrientes de agua.

Sin embargo, era inverosímil debido a que otras víctimas que cayeron al mar, las pudieron encontrar a pesar de las dificultades del clima. Le resultó extraño por lo que decidieron ampliar el rango de búsqueda hacia una isla cercana. Una la cual pertenecía a un excéntrico multimillonario.

Sin embargo, al presentarse esta oportunidad, las posibilidades de encontrarla viva, aumentaron en grado superlativo.

-Señora, le pediremos que se mantenga atenta por si ella trata de comunicarse

de nuevo con usted. Cualquier información que crea que pueda ayudarnos con el caso, por favor, no dude en compartirla.

-Sí, sí. Así lo haré.

El equipo informático de la policía se mantuvo en vilo sobre varios días. La dirección efectivamente estaba protegida pero no por ello se rindieron. Estaban convencidos de que era posible encontrar una dirección al menos un poco más clara de lo que suponían al principio.

Las tazas de café, los bollos dulces y las blasfemias se hicieron común en la pequeña sala en donde se encontraban los hackers contratados por la policía. Se suponía que era el mejor equipo de rastreo que cualquiera pudiera contar.

Permanecieron así hasta que un día, durante la hora del almuerzo un “¡eureka!” rompió el silencio de quienes estaban perdiendo las esperanzas.

-Anotad. Estas son las coordenadas que nos arrojó la búsqueda.

-¿Cómo diste con eso? A nosotros nos lanzó virus y bugs de miedo.

-El proxy efectivamente era muy agresivo. Quien tenga esto es un tío que sabe lo que hace pero, amigos míos, toda fortaleza tiene su debilidad. El sistema dejó, por defecto, una puerta trasera. No la pudimos ver por las capas y capas de seguridad y trampas. Por más tonto que suene, la solución estaba sólo al alcance de un clic. Así que coloqué un comando que usé una vez cuando se me presentó una situación similar hace unos años. Lo hice por puro descarte y ¡listo!” la puerta se me presentó a mí como por arte de magia.

-Vale, esto sí que nos ha dado trabajo. A ver, ¿qué sale?

Después de un rato, introdujeron la dirección en un banco de coordenadas de la policía.

-Joder. Es en una isla. Parece que está a pocos kilómetros de aquí.

-¿No era la misma en donde había caído partes del avión?

-Sí. Esa misma es.

-Bien. Creo que podemos celebrar. Dimos con nuestra única sobreviviente.

XI

En el sótano de un pequeño edificio en el centro de la ciudad, Luís, estaba atiborrándose de un bol de ramen mientras veía una película de David Fincher. Mientras miraba concentrado la historia, una pequeña luz roja se encendió en el tablero. Dejó el bol sobre la mesa y miró extrañado el aviso.

Luís, el fiel mayordomo, asistente y todo lo demás de Cedric, era realmente un chico hacker que se hizo amigo de él. Decidieron conservar la formalidad de la comunicación como una medida de protección para él. Así que daría entender al resto que se trataba de un pobre anciano cuando era más bien un hombre joven.

Lo cierto es que se concentró en ese aviso y notó el descubrimiento de lo que había encontrado la policía. Dieron con el paradero de Helena y de su jefe.

Casi sintió que iba atragantarse así que se apresuró en avisarle. Al enviar el mensaje, esperó en la silla con impaciencia. Tamborileaba los dedos y caminaba de un lugar a otro. Estaba preocupado.

Cedric inmediatamente lo llamó y le dijo sin rodeos:

-Dieron con Helena. La policía halló las coordenadas en donde se encuentra ella. Están movilizándose para buscarla. Es posible que, mientras te digo esto, estén en camino.

-Gracias.

Cortó la llamada secamente. Supo que no tenía demasiado tiempo para accionar.

Luís entonces, se quedó sentado en silencio, pensando en una manera en la que podría apoyar a su amigo. No se le ocurría nada.

Suspiró.

XII

Aunque no lo quiso admitir, Cedric supo que ese momento llegaría. Efectivamente, Helena se comunicó con alguien, muy probablemente con su madre. Pensó que, a pesar de la seguridad que tuviera, por más tecnología que contara, siempre era posible romper con esas barreras.

Salió corriendo de su estudio para encontrarla. La halló sentada sobre la arena, con la mirada al mar.

-Helena.

Ella se sobresaltó por el tono de voz de él.

-Sabes en dónde estás.

No quiso mentir al respecto. Sabía lo que había hecho y ahora tenía que lidiar con las consecuencias.

-Le tuve que decir a mi madre que estaba bien. No podía, Cedric... No podía permitir que ella se ahogara en el dolor sin saber que estaba bien.

La ira le comenzó a nacer en el estómago. Por ese error, lo que construyó con tanto esfuerzo, la fortaleza que le permitió vivir tranquilo por tanto tiempo, ahora corría peligro. Frunció el entrecejo y llevó la mirada hacia el suelo. Estaba pensando en qué hacer.

Helena se levantó de repente y se le acercó.

-Sé que esto fue una estupidez de mi parte. Pero tienes que entenderme.

Por un momento, Cedric comprendió que él hubiera hecho lo mismo de haber tenido la oportunidad. Parte de la responsabilidad fue suya por no haberle dado la oportunidad de que lo hiciera. En cualquier caso, era un riesgo.

De alguna manera, darían con ella. También reflexionó sobre algo, quizás era buena idea el dejar de huir. A pesar del mundo de posibilidades que tenía frente a sí, en el fondo quería que ella se quedara con él ya que le recordaba que aún era un humano, que aún era capaz de sentir. No quería perder más.

-¿Qué quieres hacer?

-No entiendo.

-Esto se trata sobre ti, Helena. Se supone que tienes que saber qué es lo que quieres, ya que llegamos a este punto.

Ella se quedó desconcertada. Por un lado, ansiaba ver a su madre, abrazarla, abrazar a Cleo, regresar a su casa, a sus cosas. Pero luego pensó, ¿qué sentido tenía volver a tener una vida vacía, tener una vida sin nada verdaderamente significativo, donde todo era mortalmente rutinario? Esos segundos eran cruciales.

-¿Y bien?

-Quiero quedarme contigo.

La respuesta le hizo casi perder el equilibrio. Estaba genuinamente feliz.

-¿Estás segura?

-Completamente segura.

Se acercó a ella para darle un beso. Fue uno suave, dulce, con un sentimiento de entrega que iba más allá de lo carnal. Cedric nunca pensó, que en su vida tan intensa, cargada de fama, dinero, placer, dolor, pérdidas y sufrimiento, estaría allí mirando a una compañera de vida con esa expresión de niño bobo. Sin duda Helena lo fortalecía y lo hacía vulnerable al mismo tiempo.

-Bien. Tenemos que actuar.

Corrieron hacia el interior de la sala y subieron por las escaleras. Ella, como no tenía qué empacar, salvo por algunas pocas prendas que él le había dado, se encargó de recolectar lo necesario. Él se comunicó inmediatamente con su mayordomo para arreglar un hospedaje en el continente. Algo que sirviera de coartada para él.

-De inmediato, señor.

Luís, desde la distancia, se alegró por su jefe.

Tomaron un pequeño bolso en donde guardaron lo necesario. Incluyó la identificación de él así como unos cuantos objetos para que siguiera operar en otro lugar.

-Ven.

Bajaron a una zona más profunda que la mazmorra. El olor a mar le llamó la atención a Helena.

Frente a ella se le presentó un pequeño muelle con una lancha.

-Móntate.

Ella le hizo caso y luego él hizo lo propio. Calentó los motores con rapidez y tomó el volante con ambas manos. Retrocedió con cuidado y salió de la cueva como una flecha. Fueron en dirección al continente.

Mientras recorrían las aguas, Helena pensó que iniciaba un nuevo ciclo en su vida. Estaba emocionada y asustada. Pero, aun así, en buena compañía. En la mejor que había en el mundo.

XIII

La policía y el equipo de rescatistas no encontraron nada en la isla, salvo por la casa. Lograron comunicarse con el multimillonario, dueño de ese lugar, y les dijo que desde hacía unas semanas no estaba allí. Que se encontraba en el país haciendo una ronda de negocios.

Revisaron registros de hoteles y restaurantes, hasta cámaras de seguridad. Verificaron la coartada y decidieron que todo resultó ser un caso muy extraño.

Mientras él respiraba de alivio, Helena, bajo la seguridad más extrema; le aseguró a su madre que ahora que era una mujer feliz. Luego de dejar ese asunto en el mejor término.

Una noche, luego de que el miedo dejó de ser una constante en sus vidas. En el sexo, Cedric dejó salir un poco su lado animal. Helena, tomó el rostro de su amante para que la mordiera, para que la llevara con él a los caminos de la inmortalidad.

-¿Estás segura?

-Siempre lo estuve.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
— Comedia Erótica y Humor —

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una

mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—.  Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si ser a tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga.  Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso,  qu e más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va.  Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una fr ıgida. Pues anda que ser a buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqu e el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.